

Selección

TERROR

CURTIS GARLAND

HOTEL DE HORRORES

SELECCION

TERROR

CURTIS GARLAND

HOTEL DE HORRORES

Colección
SELECCION TERROR n.° 410
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

405 — El escribano de Yama, *Ralph Barby*.
406 — Satanás no necesita médicos. *Clark Carrados.*
407 — La furia de los instintos. *Lou Carrigan.*
408 — Los crímenes del invisible. *Curtis Garland*
409 — ¡Dientes!. *Clark Carrados.*

ISBN 84-02-025064
Depósito legal: B. 35.062- 1960
Impreso en Esparta - Printed in Spain
1.a edición: enero, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A
Parets del Vallés (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1981

«Sea bien venido, señor... A sus pies, señora...

Entren, por favor, en buena hora en esta su casa.

El personal está a su servicio para todo. Durante las veinticuatro horas del día y la noche, nuestro esmerado servicio permanece a su disposición en todo momento.

Pidan. Exijan. Ordenen. Y serán servidas sin protesta y sin demora.

Este establecimiento es el más acogedor de toda la región. Sus huéspedes nunca encontrarán un hotel mejor donde alojarse, se lo garantizamos.

Porque acaban de entrar ustedes en el Hotel de los Horrores.

Aquí, señoras y señores clientes, vivirán las mayores emociones de su vida. Y posiblemente de su muerte...

El miedo y la angustia están servidos en sus habitaciones confortables. La agonía, la sangre y las cenizas de la muerte le serán puntualmente presentados en las horas del desayuno, el almuerzo y cena en nuestros lóbregos comedores con hedor a corrupción y a podredumbre...

Ya no pueden marcharse. Lo sentimos, señor, señora... ustedes han cruzado ya la puerta del Hotel de los Horrores. Y la sonrisa descarnada de ese esqueleto que acude a su encuentro, no es sino la cordial bienvenida de nuestro servicio de recepción...

Bien venidos, señoras y señores. Bienvenidos a nuestro hotel.

Que el terror y la desesperación sea con ustedes en buena hora...»

CAPITULO PRIMERO

Nada de todo eso se les dijo anteriormente a los huéspedes que descendieron del autobús, tras el recorrido por la carretera desigual y tortuosa, flanqueada de árboles y oscuridad.

Pero no hubiese sido mala cosa que alguien, en nombre del aislado hotel cuyas luces les habían atraído como un imán apenas rebasada la última curva, hubiese pronunciado palabras semejantes, como recepción adecuada a los viajeros recién llegados al establecimiento solitario.

Al menos, hubiesen sabido a qué atenerse. Y quizá más de uno hubiese dado media vuelta, huyendo de allí antes de que fuese demasiado tarde. Quizá, porque lo cierto es que el intensísimo frío reinante, los copos de nieve que caían sin cesar desde hacía más de una hora, sin haber llegado a cuajar más que en las copas de los árboles y en algunos matorrales, no invitaban a nadie a abandonar la protección de los sólidos muros del hotel.

Además, el coche sufría una avería y era una fortuna que, pese a las malas condiciones climatológicas, hubiesen podido llegar a un sitio donde guarecerse durante el resto de la noche. El sistema de calefacción del autobús se había estropeado, junto con los fallos que experimentaban las baterías del vehículo, y todo ello forzó al conductor del mismo a buscar casi desesperadamente un refugio donde la baja temperatura reinante no causara serios problemas a los pasajeros.

—Bien, señores, al menos estamos a salvo hasta el nuevo día —suspiró el conductor, al frenar el autobús y abrir la portezuela, invitándoles a descender—. Yo intentare reparar la avería en cuanto amanezca. Si no hay recambios aquí, trataré de localizar a alguien que me ayude a traerlos de algún sitio cercano...

—¿Y si no hubiese plazas libres en ese hotel? —sugirió con inquietud una de las viajeras, tomando de mala gana el maletín de mano para descender del ya helado vehículo.

—Aunque fuese así, no podrán negarse a alojarnos aunque sea en el comedor o en los pasillos —respondió el conductor, encogiéndose de hombros—. Todo será mejor que congelarse dentro de este vehículo. De todos modos, dada la época del año, no creo que el hotel esté lleno, ni mucho menos. Y con mayor motivo en un sitio tan aislado...

Tuvo razón, había plazas suficientes para todos, si bien algunos deberían compartir habitaciones dobles de dos camas, aunque fuesen unos perfectos desconocidos entre sí. Eso fue lo que les comunicó el hombre de avanzada edad, rostro enjuto y ojos opacos, que

uniformado de gris, con galones dorados algo gastados por el uso. y el distintivo de las llaves de oro en la gorra de conserje, acudió solícito a atenderles. Aunque la presencia del local, con su luz eléctrica encendida, era todo un alivio para los ateridos viajeros, lo cierto es que la iluminación del amplio vestíbulo destartalado y pasado de moda, resultaba más bien escasa y lúgubre. La lámpara del techo era de cristal, pero aparecía sucio y polvoriento, y muchas de las fingidas bujías con bombilla aparecían apagadas, fundidas y sin reponer, sin duda alguna.

—Bien venidos, señores —dijo el conserje con la descarnada sonrisa hundiendo sus flacas mejillas, igual que pudiera haber sonreído una calavera enfundada en aquel ajado uniforme—. El hotel Hangman les da la bienvenida...

—¿Hangman? —se volvió aprensivamente uno de los viajeros hacia el conserje, soltando su maleta—. ¿Se llama así este hotel?

—En efecto, señor —sonrió beatíficamente el conserje—. ¿Por qué lo pregunta?

—No es un nombre acogedor ni agradable, la verdad —gruñó el viajero.

—Le aseguro que no es lo que usted insinúa. El señor Hangman es el propietario del negocio, de ahí su nombre... (1) De todos modos, dicen que hubo en tiempos una horca en este punto del camino. Pero de ello hace ya muchos años, más de doscientos, cuando a los forajidos se les ahorcaba en los senderos de Inglaterra, señor. Es muy dudoso que el hotel recibiera su nombre por tal motivo. Que yo sepa, nadie demostró nunca que la horca se levantase justamente aquí. En cambio, conozco bien al señor Hangman, su propietario. Deben tranquilizarse. Esto es un sitio muy quieto y apacible, se lo aseguro.

(1) *Hangman,* en inglés, significa *ahorcado.* Puede ser un apellido, sin embargo. Lo que luego cita el autor, sobre horcas en los caminos ingleses, es absolutamente cierto, y durante todos los siglos CVII y XVIII esa práctica de ejecutar a los bandidos y salteadores de caminos, junto a los senderos más frecuentados, fue muy corriente en Inglaterra.

—También lo es una tumba —comentó con cierto sentido negro del humor, riendo entre dientes, otro viajero del autobús, y ganándose con ello una serie de críticas miradas de reproche por parte de sus compañeros. Carraspeó poniéndose serio, y añadió con tono humilde —. Disculpen. No debí bromear así. Hay damas entre nosotros y no sería justo atemorizarlas tontamente...

Las cinco mujeres que formaban el grupo femenino de viajeros, permanecieron en silencio, sin comentar nada al respecto. Pero su modo de mirar los viejos muebles, las paredes cuyo empapelado se levantaba despegado en algunos puntos, y las escasas luces del vestíbulo, pareció revelar, en el fondo, un cierto temor al ambiente

que las rodeaba.

Los hombres eran más numerosos. Incluido el conductor del autobús, exactamente formaban la decena. Quince personas para alojarse en el hotel. El conserje eligió una serie de llaves.

—¿Alguien es matrimonio entre ustedes? —indagó.

—Sí, nosotros dos —dijo uno de los viajeros, alto y canoso, señalando a una de las mujeres del grupo—. Melissa y George Stribling.

—Bien, ustedes ocuparán la habitación número seis. Es de matrimonio. Hay otras cuatro habitaciones dobles, que compartirán ocho de ustedes, a elegir. Supongo que dos damas en cada una y dos caballeros más en cada una de las dos restantes, será lo más adecuado, para que las señoreas no duerman solas, si es que no tienen inconveniente en tal arreglo. Con ello, acomodadas diez personas, quedarán otras cinco por alojar. Hay dos cuartos muy pequeños, con ventana interior a un patio, y otros tres que dan al exterior, sobre el sendero. Si quieren sorteárselas, allá ustedes.

—Por mí no hará falta —dijo el más joven de los viajeros, dando un paso adelante, con sonrisa amplia—. Yo me quedo con uno de los cuartos pequeños. Por una noche será suficiente, créame.

—Yo mismo tomaré la otra —se apresuró a añadir el conductor del autobús, imitando al joven—. Nunca me preocupó demasiado el sitio donde dormir, si la cama es blanda y confortable.

—Todas lo son, se lo garantizo —resopló el conserje, con el manojo de llaves en sus manos descarnadas—. Bien, síganme, por favor... Les llevaré a cada uno de sus dormitorios.

—¿Es usted el único sirviente en el hotel? —se extrañó una de las mujeres.

—Casi —sonrió el conserje—. Está un muchacho, Rusty, que me ayuda en las tareas más duras, pero se retiro a dormir hace rato. No esperábamos que llegara nadie hoy, a la hora que es. También hay una doncella y cocinera, igualmente ya en la cania.

—Aunque es tarde, no hemos cenado —apuntó el conductor del autobús—, ¿Sería mucho pedir que nos sirviesen algo?

—No. por supuesto. Primero ocupen sus habitaciones y dejen en ellas sus equipajes. Yo les prepararé algo en la cocina mientras tanto. No gran cosa, claro. Pero hay carne asada, algo de sopa de pollo y poco más. Eso sí, también café, leche y pastas.

—¿Y cerveza? —preguntó el joven que se ofreciera en primer lugar a ocupar una de las habitaciones interiores.

—Y cerveza —corroboró el conserje—. Y vino para quien lo prefiera, señor.

—Muy bien. Entonces todo estará bien, me imagino. Hubo un asentimiento general. El conserje echó a andar parsimoniosamente

hacia la escalera del fondo, indicando a los viajeros con voz desganada:

—Síganme, por favor. Cuando estén aposentados debidamente, antes de cenar, pueden inscribirse en el libro-registro de huéspedes.

Los quince huéspedes, con el conductor a la cabeza, iniciaron el ascenso, escaleras arriba. De nuevo, como antes les advirtiera ya en el coche, el chófer les explicó a todos sus pasajeros:

—Recuerden que no tienen que pagar nada de esto. Yo lo haré, con cargo a la compañía. Después de todo, la avería en el vehículo es responsabilidad nuestra. Si alguno desea luego plantear reclamaciones, podrá hacerlo, ciertamente. Cuentan con mi apoyo leal y desinteresado, señores.

—A mí tanto me da llegar a mi destino esta noche que mañana —suspiró el joven que le seguía—. Los demás, no sé. Pero creo que una avería es siempre un azar que se corre en cualquier viaje, sobre todo cuando el clima no ayuda. Supongo que nadie querrá plantear problemas a su compañía por esa causa, amigo mío Estaban ya casi arriba, cuando sonó el teléfono situado en la conserjería. El conserje se detuvo resoplando. Miró con irritación al aparato que sonaba sin cesar sobre el mostrador.

—Vaya... —refunfuñó—. Lleva horas enteras sin sonar. Tenía que ser ahora... Perdonen un momento, señores.

Descendió, abriéndose paso entre todos, con relativa rapidez. Sus viejas piernas aún conservaban agilidad, llegado el momento. Descolgó, preguntando:

—Hotel Hangman, ¿qué desea? —escuchó en silencio. Asintió. Luego se volvió, mirando fijamente a todos los huéspedes agrupados en la escalera. Y preguntó—: ¿Entre ustedes hay alguien llamado Ray Mansfield?

Hubo un movimiento de estupor cuando alguien respondió, con voz tensa:

—Sí, soy yo... ¿Qué quiere decir con eso?

—Preguntan por usted.

—¡Por mi! —el rostro del aludido se puso tenso y perdió el color—. No... No, es posible... Habrá algún error... ¿Cómo va a saber nadie que yo *estoy aquí* ahora?

—Eso lo ignoro, señor. Si es usted Ray Mansfield, preguntan por usted.

—¿Quién pregunta?

—No lo ha dicho —tomó el aparato telefónico e indagó—, ¿De parte de quién, por favor?

Tras un silencio expectante, en el que la mirada de todos estaba fija en el viajero aludido, el conserje habló con rara entonación:

—Dice que es... Nelly.

Un grito ronco escapó de los labios de Mansfield. Sus ojos se desorbitaron con repentino gesto de horror. Se tambaleó. Los demás llegaron a pensar si se desplomaría escaleras abajo. Pero supo mantenerse erguido y firme, aunque su voz fue audible para todos, cargada de estupor y de algo muy parecido al miedo.

—No..., no es posible... —empezó a bajar la escalera pesadamente, como si llevase una pesada losa sobre sus hombros—. No puede ser... *ella.* Aquí hay sin duda un error, un tremendo error...

—Eso lo ignoro se encogió de hombros el conserje, dejando el teléfono ante el huésped—. Es una voz de mujer, casi de una chiquilla. Suena rara, eso sí.

Tragó saliva Mansfield. Su mano temblaba al coger el teléfono. La voz vaciló, temblorosa, al preguntar:

—¿Quién..., quién llama? Soy Ray Mansfield...

Nadie supo lo que le respondió la voz. Pero el hombre soltó un alarido y también dejó escapar el teléfono de sus manos. El rostro se le había vuelto de un lívido ceniciento. Miraba el auricular con un horror indescriptible, infinito...

—¿Qué le ocurre? —el joven corrió hacia él. bajando de tres en tres los escalones—. ¿Se encuentra mal, señor Mansfield?

—No, no... —se aferró al mostrador de la conserjería, tratando de mantenerse en pie—. Dios mío... No me ocurre nada, déjeme, se lo ruego...

El otro no dijo nada de momento. Dio unos pasos hacia atrás, después de recoger el teléfono, que aplicó a su oído, en busca de algo que le explicase el lastimoso estado del tal Mansfield.

No le llegó ruido alguno. Solamente una especie de vacío, de silencio, que sin saber la razón, le impresionó. Como si no hubiera nadie al otro lado del hilo. Pero, al mismo tiempo, como si su respiración, ante el micrófono, fuese captada por un ser lejano y desconocido...

—No oirá nada —jadeó Mansfield—, Colgó.

—No —negó el joven—. No colgó. El teléfono no da esa señal peculiar... Quien sea. dejó descolgado el teléfono, estoy seguro...

Se interrumpió. De pronto, a sus oídos llegó una larga, distante, hueca carcajada. Una risa fantástica, extraña, alucinante. Logró erizar sus cabellos sin saber la causa.

Luego, sí. Alguien colgó en la distancia. Tras el «clic», zumbó la señal de interrupción de la comunicación telefónica. Lentamente, colgó el joven. Miró a Mansfield con fijeza.

—Una risa... —comentó—. Era una risa *horrible...*

—Dios... —la lividez de Mansfield, si es que ello era posible, creció de grado—. ¿La ha oído... usted *también?*

—Si. ¿Quién era esa mujer? Porque era una mujer la que reía...

¿Nelly?

—Imposible —rechazó sordamente Mansfield, poniéndose pesadamente erguido, y echando a andar hacia la escalera—. Imposible...

—¿Por qué es imposible? Ese nombre dieron —habló el conserje, irritado.

—Porque Nelly... *murió* —dijo el hombre—. Murió hace tiempo...

El conserje le miró estupefacto. Luego, cambió una mirada de perplejidad con el joven viajero, como preguntándole mudamente si el huésped estaría loco. Nadie dijo nada.

Sólo el joven comentó entre dientes, siguiendo a Mansfield hacia la escalera:

—Pero ¿cómo supieron que estaba él aquí? *¿Cómo* pudieron saberlo?

CAPITULO II

—¿Cómo pudo saberlo?

La pregunta del conductor del autobús quedó flotando unos momentos en el aire. Su compañero de habitación dejó de leer la revista ilustrada deportiva que tenía entre sus manos, para mirar al hombre que ocupaba la cama vecina a la suya, el mismo que condujera hasta aquel aislado punto de la campiña inglesa el averiado vehículo.

—¿Saber qué? —indagó curioso.

—¿Qué iba a ser? Que el señor Mansfield estaba *aquí* y *ahora.* Es imposible. Era como saber que *todos* estábamos en este hotel y que. por lo tanto, existió una averia que nadie pudo antes prever.

—¿Seguro?

—Seguro... ¿qué?

—No. nada —rechazó el joven viajero, meneando la cabeza, como si apartara de sí alguna idea absurda e incongruente. Apartó el magazine que había estado hojeando hasta ese momento, y miró distraído al chófer—. ¿Le gusta el fútbol?

—¿El fútbol? No. no mucho. Hago quinielas y todo eso. Pero no soy un aficionado. ¿Por qué me lo pregunta?

—Oh. por nada. Pero si hemos de ser compañeros de habitación por una noche, creo que es mejor que sepamos quiénes somos. Mi nombre es Dean Talbot, y juego en el Sword Sport Club, de Segunda División, como delantero centro.

—¿Usted es futbolista? ¿Como Trevor Francis, Keegan y todos ésos?

—Bueno, no tanto —rió el joven de buen humor—. Por eso estoy en categoría inferior.

—De todos modos, admiro a los tipos que son capaces de meter goles en medio de defensas duros como rocas —declaró el chófer con entusiasmo, tendiendo la mano a Talbot—. Ya sabe que yo trabajo para la Arrow Travel Agency, aunque este empleo no hace mucho que lo tomé. Me llamo Harry Denberg. Mis sobrinos seguro que lo conocen. Son muy aficionados. ¿Me firmaría un autógrafo para ellos?

—Más que eso. Le dedicaré una fotografía para cada uno —sonrió Talbot—. Tal vez algún día tengan el recuerdo de un famoso jugador internacional.

—Eso seguro. Usted debe ser muy joven...

—Veintitrés años. Para mi profesión ya es bastante. Empiezo a dejar de ser joven.

—¡Pero si es casi un chiquillo!

—En la vida normal, sí. Pero el depone es otra cosa. Una carrera

muy corta. Por eso estudio para algo mejor. Sigo unos cursos especiales de capacitación. Quiero ser relaciones públicas en una gran empresa, llegar a ejecutivo algún día..

—Pero eso no es tan bonito como salir al campo todos las sábados, a ganar un partido....

—Quizá no. Pero es más práctico. Vivimos en un mundo frío, deshumanizado y superprofesional. O se es experto en computadoras, o *public relations.* si se quiere ir a alguna parte.

—Ya he observado que, para ser un deportista, es usted un hombre interesado en aprender —apuntó Denberg—. No sólo tiene en su maleta revistas deportivas, sino también libros. Lo advertí sin querer, perdone.

—Oh, no tiene importancia. Es cierto, leo literatura, ensayos, obras de marketing y de asuntos comerciales y todo eso. Sí, son vulgares, pero necesarios.

—Para mi no son tan vulgares —suspiró el chofer—. Mis estudios fueron muy escasos. Siempre he trabajado conduciendo furgonetas, camiones y ahora autobuses con esta empresa. Mc disgusta que en esta ocasión haya tenido tan mala fortuna.

—¿Lo dice por el alto en el camino? No puede culparse de nada. Cualquiera puede sufrir una avería, y más si el coche es viejo, como he observado que es el que usted conduce ahora.

—Todo en esta empresa mía es viejo. Si llega a ver las oficinas de Londres... Son realmente lamentables. Viejas, sucias, con aspecto de abandono... No creo que dure mucho con semejante gente. No estoy para sufrir nochecitas como ésta por culpa de un material viejo y mal cuidado.

—De todos modos, su empresa, al menos, tiene bien resucito el problema de hospedaje en casos de emergencia —comentó Talbot con ironía—. Ya oyó al conserje de este lugar: todo lo pagará la empresa de viajes. No debemos preocuparnos por nada.

—Pues yo me preocupo por todo, amigo. Ignoraba que una empresa tan cochambrosa como la Arrow tuviera tan buen prestigio entre la clase hotelera. Pero es que este hotel tampoco me gusta nada. Y menos, después de esa llamada telefónica y el efecto que hizo en el señor Mansfield. ¿Observó su cara? Es como si hubiera oído a un fantasma...

—Evidentemente, es lo que oyó o creyó oír —dijo el joven deportista, con aire pensativo—. ¿No escuchó su explicación? Le llamaba una tal Nelly. Pero Nelly era el nombre de una mujer que había muerto ya. Asombroso. ¿no?

—Asombroso y terrible. Sentí un escalofrío —agitó Denberg su cabeza en sentido afirmativo, mirando aprensivo en torno.

—¿Usted cree en fantasmas? —sonrió Talbot irónico.

—No lo sé. Nunca me paré a pensarlo seriamente. Pero esta noche sería capaz en creer cualquier cosa, incluso la más espeluznante. El nombre de este hotel no es como para alegrar a nadie, ¿no cree?

—Hangman... —recordó el futbolista, afirmando—. Si, es inquietante. Pero, al parecer, existe un señor Hangman. Eso lo explica todo, ¿no?

Quizá, pero no me convence lo más mínimo. En fin, supongo que debe reírse de mi, amigo.

—En absoluto —negó Talbot con expresión más seria—. Respeto todos los sentimientos, e incluso digamos que, en este caso, comparto algunos. No me gustó ese conserje que parece arrancado de un viejo granado Victoriano, no me gusta la escasa luz de este establecimiento, ni tampoco el hecho de que la nieve siga cayendo como cae, corriendo el peligro de quedar aislados en este lugar por tiempo indefinido, Denberg.

—¿Usted cree? —se alarmó el chófer, saltando de la cama y dirigiéndose a la ventana, cuyo postigo chirrió al ser movido por la mano del hombre como si fuese la tapa de un féretro—. ¡Cielos, vaya si nieva! ya ha cuajado en el camino. Si sigue cayendo así, mañana estará la región impracticable. Y yo debo madrugar para tratar de reparar la avería y seguir camino...

—No se preocupe, mientras el teléfono funcione, no estaremos totalmente aislados. Supongo que de un modo u otro, mañana estaremos ya lejos de aquí, y todos estos temores nocturnos nos parecerán ridículos a los dos.

El chófer volvió a la cama, pensativo, y se arropó bien entre las crujientes y limpias sábanas. Talbot sonrió dejando caer el magazine en la alfombra, para imitar a su compañero de habitación.

—Creo que tiene usted razón —admitió Denberg por fin—. Descansemos, que buena falta nos hace. Hasta mañana, Talbot.

—Hasta mañana, amigo.

Apagó la luz el futbolista y la oscuridad envolvió ambas camas. Afuera se percibía un suave crujido al golpear los gruesos copos las vidrieras de las ventanas y las altas copas de los árboles circundantes. Poco a poco, ese monótono rumor les incitó a cerrar los ojos y dormir.

Súbitamente, algo les despertó a los dos.

Fue un alarido horrible, un grito ronco, espantoso, que pareció conmover toda la casa solitaria, helando la sangre en las venas a sus ocupantes ocasionales. Talbot pegó un salto en la cama, mientras Denberg se arrojaba de ella lanzando una imprecación.

Encendió la luz con rapidez el joven, tratando de descargar a sus párpados del peso del sopor. Calculó que no llevaban más de quince o veinte minutos dormidos.

—¿Qué ha sido eso? —jadeó Denberg. blanco como el papel
—Un grito —dijo sencillamente Talbot.
—Infiernos, ya lo sé. Pero un grito atroz... ¿Qué es lo que ocurre?
—Sé tanto como usted —Talbot saltó de la cama y tomó una bata de encima del respaldo de una silla, apresurándose a correr hacia la puerta.
—¿Pero qué va a hacer? —se horrorizó Denberg.
—Lo más lógico: salir a ver qué sucedió —dijo Talbot, parándose para mirarle.
—Dios mío, puede ser peligroso...
—Sea peligroso o no, también lo es quedarse aquí, sin saber lo que ocurre fuera. Si prefiere, quédese usted. Denberg. pero yo voy a averiguar qué es lo que sucede en este hotel. Tal vez sólo se trate de un susto, del sobresalto de alguien particularmente sensible a la atmósfera de este lugar...
Abrió, saliendo con rapidez al corredor. Denberg, tras una indecisión, optó por seguir al atlético joven, sintiéndose más seguro en su compartía que a solas en su dormitorio.
Ya otras personas habían salido apresuradamente a los dos corredores, el del primer y segundo piso del hotel, asomando al hueco de la escalera, mientras se encendían las macilentas bombillas del alumbrado en los pasillos.
—¿Qué ocurre?
—¿Qué es lo que pasa?
—Ese grito... ¿qué significa?
—¿Quién lo lanzó? ¿Por qué todo este escándalo?
Las preguntas se mezclaban, confusas y torpes, en todos los labios. Las mujeres y los hombres se miraban entre si, unos a medio vestir, otros con pijamas o camisones, sorprendidos en el primer sueño por aquel imborrable y espantoso grito que a todos alucinó.
—Falta alguien... —dijo de repente una voz, la más serena y sensata de todas, llegando a una conclusión.
—¿Quien? —preguntó, rápido, Dean Talbot, aso mandó por el hueco de la escalera en busca de la persona que había hablado.
Sus ojos se encontraron con los pardos y vivaces de una joven pelirroja a quien había observado ya anteriormente durante el viaje en autobús. Era ella atractiva, esbelta y de inteligente expresión, aunque algo retraída, como si alguna razón la impidiera entablar relación fácil con los demás.
En esta ocasión no fue así. Tras mirar al joven, ella explicó brevemente:
—Aquel caballero que recibió la llamada...
—¿Mansfield? —preguntó con rapidez Talbot.
—Si, el mismo —asintió la joven, humedeciendo sus labios con la

puntúa de la lengua, nerviosamente—. No lo veo por ninguna parte. Los demás, creo que estamos todos...

Rápida, la mirada de Talbot se fijó en los presentes. Coincidió con ella. Pero también notó otra ausencia.

—Tampoco está el conserje del hotel —apuntó—. Que alguno de ustedes baje a buscarle a él o al servicio de este establecimiento, por favor. Nosotros, miraremos en la habitación del señor Mansfield, por si le sucede algo.

Denberg le miró aprensivamente, como temiendo nuevas audacias por parte de su joven compañero de habitación. Pero cuando alguien dijo el número de habitación que habían destinado a Ray Mansfield, Talbot se puso en camino resueltamente hacia allá y Denberg optó también por seguirle. Rápidamente, alguien subió la escalera, uniéndose a ellos. Eran dos personas: la joven de los ojos pardos, que observara la ausencia del viajero, y un nombre alto, enjuto, muy rubio, viajero también del autocar, naturalmente.

—Soy Albert King —expresó brevemente, al detenerse ante Talbot y Denberg—. Doctor Albert King.

—¿Médico?

—Dentista solamente —sonrió con gravedad el caballero rubio—. Pero si no hay otra cosa mejor, puedo ayudar al señor Mansfield, en caso de dolencia súbita.

—Yo soy Gladys Stuart —apuntó tímidamente la joven pelirroja—. Sólo soy taquimecanógrafa, de modo que poco puedo ayudar...

—No importa —dijo Talbot—. Vamos todos. Es aquí.

La habitación de Mansfield mostraba el número doce en su puerta. Se detuvieron todos ante ella. Talbot golpeó con su vigoroso puño repetidas veces en la madera. No obtuvo respuesta.

—Creo que habrá que derribarla —dijo el joven secamente.

—Costará trabajo —añadió el doctor King—. Es una puerta muy sólida.

—Probaremos —se limitó a decir el deportista, tomando impulso tras una última y vana intentona por llamar la atención del ocupante de la alcoba.

Cargó con violencia con su hombro contra la madera. El dentista tuvo razón. Era muy resistente. Crujió sin ceder, pese a la virulencia de su ataque. Pero un segundo empeño resultó triunfante. Con un chasquido áspero, la cerradura saltó, se astilló la madera y la puerta cedió a su embate.

La muchacha lanzó un espantoso grito de horror al ver el interior de la estancia. Rápido, Talbot se volvió al chófer Denberg y al doctor King.

—Aparten a la chica de esto —pidió—. No la dejen mirar, por favor...

Ya era tarde. Gladys Stuart había visto lo suficiente cuando el dentista y el chófer la separaron del umbral, impidiéndole mirar dentro. Ahora eran los tres hombres quienes, sobrecogidos, asistían a la terrorífica visión que les ofrecía el interior del dormitorio destinado al viajero Ray Mansfield.

Este aparecía de rodillas; apoyado de espaldas a la pared, al fondo de la estancia, contemplando la ventana abierta, por la que entraban copos de nieve entre heladas ráfagas de viento y agitar de cortinas. Sus ojos desorbitados aparecían inyectados en sangre, su boca convulsa, sus manos engarfiadas en torno a su cuello, como queriendo arrancar de éste algo invisible, que sólo él podía advertir, pero que había dejado profundas huellas violáceas en su piel.

Era como si se hubiera ahogado él mismo, estrangulándose con sus propias manos. Pero todos sabían que esto era prácticamente imposible.

Estaba muerto. Manchas amoratadas aparecían en su rostro y garganta: tenía ésta dilatada, hinchada, y los dedos propios se hincaban en la carne como si ésta fuese gelatina. Cuando Talbot se aproximó a él con largas zancadas y le rozó con su mano el hombro, el cuerpo arrodillado se inclinó de lado, vencido por la inercia, y terminó por golpear sorda, lúgubremente, el suelo entarimado de la habitación.

Un ramalazo de horror pareció agitar los cuerpos de los presentes, llegando en alas del viento glacial que se filtraba por la ventana abierta. Talbot, con cautela, utilizó su bata para proteger sus dedos cuando ajustó el postigo y giro la falleba, cerrando la ventana y suprimiendo la molesta, fría corriente, a la vez que la sensación de gelidez que todos sentían en sus venas.

—¿Por qué hace eso? —indagó Denberg, sorprendido.

—¿Qué? ¿Proteger mis manos? —Talbot se encogió de hombros —. He leído novelas policíacas a veces. Siempre deben evitarse las propias huellas, por si hay otras en la escena del crimen. Es algo elemental, Denberg.

—¿Crimen? —dudó el doctor King, inclinándose sobre el cuerpo con frialdad profesional—. Más bien parece un suicidio.

—Nadie se estrangula a sí mismo. Es una simple ley de instinto —rechazó Talbot—. Se puede dañar, pero nunca conducirse a la propia asfixia...

—Tiene sus propios dedos clavados en la carne, como si lo hubiera hecho —objetó Denberg, que evitaba que la joven Gladys Stuart entrase en la Habitación para enfrentarse a tan horrible escena.

—También parece que hubiera querido arrancar de su garganta algo que le ahogaba sin remedio.

Pero ¿el qué? -protestó el dentista, incorporándose demudado—.

Esta muerto, no hay duda alguna. ¿Le mató el miedo a algo... o realmente fue estrangulado por otra persona?

—No lo sé. No soy policía. Pero estoy de acuerdo con usted. Nadie se suicida estrangulándose. Es física y psíquicamente imposible. Incluso un suicida reaccionaría por puro instinto animal, dejando de ahogarse, al sentir la agonía. Esto no tiene sentido.

—La puerta estaba herméticamente cerrada y con la llave dentro —señaló Denberg a la hoja de madera astillada.

—Cierto —Talbot miró hacia la llave puesta y el pestillo saltado—. Pero la ventana estaba abierta, todos lo vimos.

—Bien —resolvió el doctor King, incómodo—. Lo mejor será hacer lo que usted dijo. Llamaremos a la policía y a una ambulancia.

Lo siento, señores, el teléfono ya no funciona. El temporal debió causar averia en la línea —fue el frío y seco informe que la voz del conserje llevó hasta ellos desde las agrias penumbras del corredor, repleto ahora de la amedrantada gente del hotel.

Se volvieron Talbot, Denberg y el doctor King. También Gladys Stuart.

En ese momento, abajo, en alguna parte del hotel, sonó una agria, chirriante carcajada, que flotó en la atmósfera densa del recinto, causando un escalofrío a todos.

Después, algo rodó escaleras abajo, en la planta inferior. Varios huéspedes se precipitaron a ver lo que era.

Un ronco grito de pavor se escapó de los labios de la señora Stribling, abrazándose desesperada a su marido. Tenía el rostro del color de la acera.

—¡Dios, mío, George! —gritó—. ¡Es.... es UNA CABEZA HUMANA lo que está rodando por las escaleras, estoy segura!

CAPITULO III

—Una cabeza humana... ¿Sabe alguien de quién, por favor?

Se miraron entre sí, indecisos, todos los reunidos en la planta baja, frente al mostrador de la conserjería. Las mujeres sollozaban y ocultaban sus rostros. Dean Talbot y el conserje del hotel permanecían en pie, serenos, ante el bulto redondo, esférico que se había cubierto piadosamente con un mantel momentos antes.

Un largo reguero de sangre oscura marcaba la trayectoria de aquel objeto escalofriante, desde el primer rellano hasta allí, rebotando de escalón en escalón.

—Yo le vi en el viaje. Iba sentado al lado mío —dijo un viajero, tras una vacilación, dando un paso hacia adelante—. Dijo llamarse Derek Walsh y ser viajante de comercio. Durante todo el trayecto me pareció asustado, preocupado por algo, pero no mencionó nada... Parecía joven, unos treinta años o poco más, y tenía acento galés.

El doctor King bajaba por la escalera, trémulo y con una acentuada palidez en su rostro. Traía consigo un billetero de piel de lagarto. Momentos antes, había estado agachado junto a un cuerpo inmóvil en el rellano.

—Era Derek Walsh, de Cardiff, realmente —asintió—. Viajante de comercio, treinta y dos años de edad. Le felicito por ser tan observador, señor...

—Scott. Adam Scott —se apresuró a informar el otro viajero, tragando saliva—. ¿Ha examinado el cadáver, doctor?

—Lo que hay de él en ese piso —asintió sombrío el dentista—. Mi especialidad es la odontología, pero sé cuando una persona está muerta, especialmente si la han decapitado. No ofrece huellas de herida alguna, salvo el terrible desgarro de su cuello. Es.... es como si le hubieran arrancado la cabeza de cuajo, usando unas tenazas de enorme fuerza.

—Oh. Dios mío... —se oyó sollozar a la señora Stribling en brazos de su marido—. Cuando esa cabeza rebotaba de escalón en escalón... iba guiñando sus ojos de un modo espantoso... Yo lo vi.

De nuevo estalló en llanto. Con gran ánimo, Gladys Stuart fue a confortarla, en tanto las otras tres mujeres del grupo viajero permanecían acurrucadas, la una contra la otra, en el sofá del rincón del vestíbulo.

—Bien. ¿Y qué hacemos ahora?

La pregunta la había formulado en voz alta el conserje del hotel. Rápido. Talbot se volvió hacia él, escudriñándole con atención.

—¿Y es usted quien lo dice? replicó—. Es el responsable del hotel. Dos viajeros han muerto esta noche aquí, victimas posiblemente de un loco asesino. Usted ha dicho que el teléfono no funciona.

—Es la verdad. Compruébelo, si quiere.

Dean Talbot fue hasta el aparato telefónico. Lo probó varias veces. Luego examinó la centralita, que parecía en buenas condiciones. Exasperado, colgó de nuevo.

—No hay línea —admitió—. ¿Ocurre a menudo aquí?

Sólo si hay grandes temporales. Esta noche lo hay. Viento, nieve... Puede que algún paste se haya ido abajo. No se sabrá hasta mañana, como mínimo.

—¿No hay ninguna vivienda en torno para llamar a la policía?

La más cercana está a una milla larga. Con esta noche sería suicida aventurarse a campo través en busca de un teléfono. Eso, suponiendo que la avería sólo afecte a esta finca y no a todo el contorno.

—Es usted todo optimismo, ¿eh? —gruñó el doctor King.

—Lo siento —el conserje inclinó la cabeza humildemente y las sombras de sus pómulos, a causa de la agria luz vertical de la sucia lámpara, le hizo parecer más que nunca el rostro de una calavera—. Me limito a decirles la verdad, señores.

—La verdad... —masculló una voz fría e impersonal, surgiendo de entre el grupo de asustados viajeros—. ¿Qué clase de verdad es la suya, amigo? ¿Es posible que sea verdad que un hombre de nuestro grupo, actualmente muerto, pudiera recibir la llamada de una persona que ya no existe, y luego morir aferrándose extrañamente el cuello, mirando hacia la ventana abierta de su habitación, como si algo espantoso y mortal hubiese entrado por ella en esos momentos, para arrancarle la vida? ¿Es verdad que en este siniestro y horrible establecimiento resulta totalmente casual que dos vidas hayan sido arrancadas violenta, brutalmente, en el corto espacio de unos minutos, sin explicación posible para ambos hechos? ¡Responda! ¿Esa es *su* verdad, maldito farsante?

Todos se volvieron para mirar a quien hablaba. Era, indudablemente, una de las personas más notables de todo el grupo, juzgó Dean Talbot, examinando a quien se había expresado con tan cruda y tajante contundencia, provocando el desconcierto y temor del conserje del hotel Hangman.

Alto, muy alto, elegante, sobrio, de cabellos grises, bien cortados y patillas ligeramente largas, ojos tan grises como su cabello y tan fríos y duros como dos trozos de pedernal, boca delgada y prieta, mandíbula enérgica y expresión glacial, parecía dominar a todos con su imponente presencia y el halo de autoridad que de él emanaba involuntariamente.

—Yo..., yo... —balbuceó el conserje—. ¿Qué puedo decirle, señor? Soy solamente un pobre empleado de este hotel, y le aseguro que nunca hasta ahora sucedió aquí nada tan espantoso ni inexplicable

como lo de hoy. El servicio podrá confirmarle lo que digo.
—¿El servicio? —el hombre del cabello gris se adelantó unos pasos, clavando sus aceradas pupilas en el hombre—. Escuche esto: hágales levantar ahora mismo. Si los huéspedes estamos de pie a estas horas, no hay motivo alguno para guardar consideración con los servidores de este hotel. Las damas necesitan tomar algo caliente y nosotros también, qué diablos.
—Yo puedo... servirles en la cocina lo que quieran... —jadeó el conserje, inseguro.
—No. Será el servicio de este hotel quien lo haga. Avíseles a todos.
—Sólo... sólo hay dos personas de servicio, señor. La doncella y cocinera a fa vez. y un mozo para los trabajos duros...
—Pues arriba con ellos, en seguida. No estoy dispuesto a tolerar que en tales circunstancias duerma nadie en esta casa mientras nosotros nos enfrentamos a todo este horror. Vamos, ¿a qué espera?
—Ya voy, ya voy —miró, entre rencoroso y atemorizado al hombre que ejercía sobre él su autoridad— Pero esto no le gustaría al señor Conway... ni al señor Hangman.
—Al diablo con el señor Hangman, ya que no está aquí ahora. ¿Quién es Conway?
—El administrador del negocio —explicó el conserje tímidamente, encaminándose al fondo de la planta baja del edificio—. Tenía que venir hoy, pero seguramente con el temporal habrá aplazado su viaje... Es muy rígido respecto a las horas de servicio de hospedaje, señor.
—Me tiene sin cuidado. Si estuviera él aquí, también le obligaría a que levantase a todo el mundo. Esta no es una situación normal. De modo que hay que saltarse las normas, les guste o no, ¿está claro?
El conserje asintió, le dirigió una mirada huidiza y se perdió por el corredor, arrastrando sus pies como si fuese un anciano o un alma en pena.
Talbot contempló con curiosidad al hombre de pelo gris. Se acercó a él.
—¿Es usted militar? —preguntó.
—No. pero fui corresponsal de guerra en un tiempo y conviví con ellos —respondió calmoso el hombre de pelo gris, volviéndose a él—. ¿Por qué lo pregunta?
—Por su autoritarismo en circunstancias excepcionales -sonrió el joven deportista—. Me recordó a los oficiales coloniales del Imperio, en tiempos de la Reina Victoria.
Muy gracioso. Pero hay que demostrar autoridad aquí, o ese fantasma se burlará de nosotros —mostróse agrio el hombre canoso —. Mi nombre es Neil Parrish. Soy periodista y escritor.
—¿Cree que levantar a los criados resolverá algo? —dudó el doctor

King.

Tal vez nada —se encogió de hombros Parrish—. Pero me gustará ver la cara de lodo el mundo en esta maldita casa. Recuerde que han matado a dos personas en pocos momentos. Alguien lo hizo, ¿no? ¿Quién nos dice que no fue el servicio doméstico?

—¿Como en las viejas novelas policiacas? —rió Talbot, meneando negativamente la cabeza—. Admito que el conserje no resulta tranquilizador, ni posiblemente, sincero del todo. Pero de eso a atribuirle a él o a los criados esos horribles sucesos...

—De todos modos, prefiero conocer la cara a todas las personas con quienes convivo bajo el mismo techo, cuando puede existir un asesino entre ellos.

—En eso estamos de acuerdo —aceptó Talbot—, Pero el presunto asesino podría ser, también, uno de nosotros. ¿Ha pensado en ello, señor Parrish?

—Claro —afirmó éste con frialdad—. Es lo primero en que pensé cuando supe que había muerto Mansfield.

—¿Por qué lo pensó? —quiso saber el chófer Denberg, alarmado.

—Por algo que dijo Mansfield al bajar del autobús ante este hotel.

—¿Qué dijo? —se interesó Talbot.

—No recuerdo las palabras exactas. Algo así como: «Sabia que no terminaría bien este viaje. Nunca debí subir a este coche. Tal vez haya sido como tomar un billete hacia la muerte...» Quise preguntarle por qué hablaba así, pero se metió en el hotel sin dejarme que le abordase. Luego... ya recordarán que ocurrió lo del teléfono, y él subió a su alcoba demudado. Nunca he visto en mi vida a un hombre más asustado, la verdad.

—Seguía asustado cuando murió —fue el comentario del doctor King. Bastaba ver su rostro...

Nadie comentó nada. El grupo de viajeros formaba una pina amedrentada, bajo las luces trémulas de la araña de cristal mugrienta. Talbot se aproximó a las mujeres. El señor Stribling atendía a su esposa. Gladys Stuart relataba a las otras componentes femeninas del gruño la visión espantosa del cadáver de Mansfield en su habitación. Las tres oyentes escuchaban con expresión angustiada.

—¿Se encuentran ustedes bien? —preguntó Talbot, solícito.

Ellas se volvieron a mirarle atentamente. En todos los ojos femeninos asomó la admiración hacia aquel atlético, joven y atractivo ejemplar del sexo opuesto que se preocupaba por ellas. Hubo un general asentimiento y sonrisas de gratitud.

—Sí, gracias —afirmó una de ellas, la más joven, aunque no tanto como Gladys Stuart—. Vamos recuperándonos. pero ha sido un golpe terrible. Más bien dos golpes, a cual peor... Mi nombre es

Shelley Grant y soy modelo de alta costura. Creo que es usted futbolista, ¿no es cierto?

—Pues... sí, lo soy —sonrió Talbot—. Pero de segunda división solamente.

—Estaba segura de que lo era. He visto fotografías suyas. Tengo un hermano que es muy aficionado. Mis dos compañeras son Leilah Forbes, programadora de computadoras, y Susan McCoy, diseñadora de modas en la misma empresa que yo trabajo. Las tres somos amigas. Iniciamos este viaje pensando en un agradable fin de semana fuera de la ciudad. Y ya ve en que se ha convertido...

—Creo que todos estamos en el mismo trance asintió Talbot pensativo—. Esperemos que la noche no nos guarde más sorpresas desagradables.

—¿Qué quiere decir? se alarmó Shelley Grant ¿Teme que cosas así puedan repetirse?

—Han muerto extrañamente dos personas que nada tenían de común entre sí, aparentemente. Derek Walsh, viajante de comercio de País de Gales... Ray Mansfield, hombre acomodado de Manchester, que vivía de sus rentas... Nada que les relacione, ¿no? Y. sin embargo, ambos están muertos ahora. Muertos de un modo raro, poco claro. Nadie se estrangula a sí mismo. Nadie tiene fuerza suficiente para *arrancar* una cabeza sin otros medios mecánicos...

—Por Dios... —jadeó Susan McCoy, morena y menuda, de rostro atractivo—. No me recuerde esos detalles espantosos...

—Lo siento. Pero liemos de aceptar las cosas tal como son, aunque nos horroricen, señorita McCoy —respondió Talbot a la diseñadora—. Si la policía no puede venir en breve y hay algún loco capaz de matar de forma tan extraña y terrible, todos debemos estar alerta, protegernos, en caso de que sean nuestras vidas las que peligren.

—Nuestras vidas... los ojos pardos de la pelirroja Gladys Stuart se clavaron en el con repentino pánico—, ¿Usted cree... que peligramos realmente *todos?*

Dean Talbot la miró fijamente. Todas las mujeres parecían pendientes de sus palabras. Al fin, el deportista asintió lentamente, con expresión sombría.

—Sí —dijo—. Creo que si.

Y como si esas palabras suyas hubieran sido una atroz premonición, ocurrió algo que provocó un colectivo grito de terror en los presentes.

Se apagaron todas las luces.

Las tinieblas envolvieron a los presentes. Los chillidos de pánico de las mujeres, se mezclaron con imprecaciones y hasta blasfemias de los hombres. En la oscuridad, otra vez aquella hueca, siniestra carcajada de antes, flotó como un espectro sin forma pero con

sonido, llevando a cada uno de los que podían percibirla, un profundo escalofrío de terror sin límites.

No parecía una risa de este mundo. Ningún ser humano podía reír así.

En las sombras, una voz de mujer profunda y extraña, pareció nacer de repente, elevándose en tonalidades más audibles, para incrementar el miedo de todos:

—Veo a la Muerte... Está aquí, entre nosotros... ¡Puedo ver su risa descarnada, sus manos huesudas, aproximándose a todos, tocándoles con sus dedos helados...!

Tal vez fue simple aprensión. Pero en la oscuridad, Dean Talbot creyó percibir sobre su cuello y nuca una helada y viscosa rozadura que casi detuvo su circulación sanguínea. Por vez primera en su vida, el joven deportista notó cómo se erizaban su cabellos igual que si fueran escarpias.

La risa demoniaca, fantástica, respondió a esas palabras lúgubres de alguien que había hablado en la sombra.

Y después, algo caliente, denso, salpicó el rostro, manos y ropas de Dean Talbot.

El supo en seguida que no podía ser otra cosa que *sangre.*

* * *

Sangre humana, sin duda. Era como algo hirviente y espeso, golpeando su piel y chorreando sobre ella y sobre su batín de lana. Como un impacto espeluznante, horrendo.

—¡La Muerte! —chilló de nuevo la voz de mujer—. ¡Es la Muerte y está aquí ahora, atacándonos...!

Los gritos eran tan agudos y confusos, que si alguien chilló de agonía, su voz se mezcló con las demás en una cacofonía delirante. Talbot, instintivamente, se echó atrás. Pero luego, también guiado por su instinto, dominó el terror que trataba de paralizar sus músculos, y alargó los brazos, buscando el motivo de aquel baño de sangre que percibía contra él.

No encontró nada. Solo vacío, oscuridad. Sombras que eran como pegajosas alas heladas, alejándose contra él.

Después, brilló la luz.

Pero no era eléctrica, sino de unas bujías de cera en un candelabro viejo y herrumbroso, entre cuyos brazos colgaban grises telarañas. El brazo flaco y tembloroso del conserje sostenía la luz en alto. Las sombras parecieron monstruos informes, replegándose a los rincones tras un aquelarre infernal. Los rostros humanos, simples manchas pálidas y frías, bailoteando en la sombra.

Lo primero que Talbot contempló, fueron sus manos. Aunque

presentía lo que iba a ver, se estremeció. Sus dedos goteaban sangre. Su batín estaba empapado de rojo. Su rostro salpicado del denso líquido caliente, debió aterrorizar a las mujeres, porque un caos de gritos acogió su visión junto a ellas. Las vió retroceder a todas, sacudidas por el pavor.

No. A todas, no.

Una de ellas no se movió. Ya no podría moverse jamás.

Estaba en el sofá, junto a él, sentada tal como la viera antes de apagarse las luces del hotel. Joven, pelo castaño, cara gordezuela y boca carnosa. Ojos azules.

Estaba bañada en sangre. Pero a ella no la había salpicado nadie. Era su *propia* sangre. Un boquete espantoso se había abierto en su pecho, reventando sus senos y dejando al descubierto su corazón, que ya sólo se movía con leves espasmos musculares, simple movimiento reflejo de una vida que se extinguía. Era como si un puño de acero hubiera martilleado el torso femeniño, desgarrándolo bestialmente, quebrando piel, carne y huesos, hasta arrancar las arterias de su víscera vital. Ni una granada de mano, pensó Talbot, hubiera causado tal destrozo en el pecho de un ser humano. Y ni siquiera había captado ruido alguno cuando ello sucedió...

Alrededor suyo, todo era confusión, terror, gritos y exclamaciones. Confusamente, notó que el doctor King y el periodista Parrish se inclinaban sobre el nuevo cadáver y luego miraban, recelosos, sus manos encharcadas de sangre. Gladys Stuart, mirándole con pavor desde el pardo profundo de sus pupilas, retrocedía, angustiada, sin dar crédito a sus ojos. Shelley Grant, la modelo amiga de la que fuese programadora de computadoras, se desplomaba sin sentido ante la visión de su compañera muerta, reventada, rota como un juguete de trapo.

Talbot no veía apenas nada, no estaba para cosa alguna que no fuera la visión dantesca de aquel tercer y espantoso ejemplo de violencia, sangre, horror y muerte que era ahora Leilah Forbes.

Empezaba a comprender algo. Algo que escapaba a su conciencia de hombre práctico, seguro de sí mismo, civilizado y sereno.

Empezaba a pensar que aquella forma de matar no era humana. Había *algo* en aquel hotel. Algo espantoso e indefinible que no pertenecía a este mundo.

Y allá, al fondo de la estancia, una joven maciza, fornida, de grandes pechos y saludable aspecto campestre, joven y vigorosa, sollozaba, como en trance, aferrada al brazo tembloroso del conserje del hotel:

—Es la Muerte... La Muerte misma, yo la vi... Estaba *allí,* en la oscuridad *junto* a esa mujer... Y reía, *reía...*

La que así hablaba vestía ropas vulgares de algodón. Sus manos

aparecían hinchadas y enrojecidas, como las de cualquier muchacha de servicio doméstico. El conserje captó la mirada de Talbot, fija en ella. Se limitó a balbucir, tembloroso:

—Es... es Muriel, señor. Muriel Corman, nuestra doncella y cocinera... Tiene dotes de vidente... Si ella dice que vio a la Muerte... es que la Muerte *estaba aquí,* no le quepa duda...

CAPITULO IV

La cocina era amplia, destartalada. Justamente lo que podía esperarse en un lugar como el hotel Hangman.

Dean Talbot la examinó con aire crítico, sorprendido de no ver moverse por ella libremente a ratas y cucarachas. La primera impresión aparente era de suciedad, pero Jo cierto es que, cuando menos, resultaba luego estar limpia, aunque continuaba resultando inhóspita, como todo el recinto.

Muriel Corman sorbía a pequeños tragos la infusión que él mismo había preparado para ella. Desde el salón del hotel, eran perceptibles los murmullos, comentarios y excitación reinantes en el hotel, tras la horren da muerte, a ojos de todos, de Leilah Forbes.

Por fin, la criada dirigió sus ojos vacíos hacia él, mirándole como ausente. Pero su rostro no tenía ya la crispación ni d aire del trance de minutos antes, en su dramática aparición en medio del caos producido por el alucinante suceso.

—Gracias... —musitó ella con voz apagada—. Muchas gracias, señor.

—No hay por qué —contestó el joven futbolista, tratando de sonreír.

—¿Por qué hace esto por mi? —insistió ella—. ¿Qué ha pasado?

—¿Acaso no lo recuerda? —Dean entornó sus ojos, fijos en la criada.

—¿Recordar? ¿Qué? —la perplejidad parecía apoderarse de la ruda moza campesina dedicada a las labores domésticas en aquel establecimiento tan siniestro como desconcertante.

—Hace poco, nos dio un buen susto a todos, aunque lo cierto es que sentíamos ya tanto miedo, que su aparición no empeoró demasiado las cosas —confesó francamente el deportista—. Acababa de... de morir una de las huéspedes, Muriel.

—Morir... —el cuerpo fornido, de recias carnes, tembló sacudido por una oscura e íntima emoción—. Oh, Dios mío, otra vez sin duda...

Y ocultó el rostro entre sus manos, sacudida por un nuevo temblor.

—Sí —afirmó secamente Talbot—. Otra vez. Tres personas han muerto aquí esta noche, en breve espacio de tiempo. Muertes violentas, horribles, sin explicación.

—No, no me refería a eso —gimió amargamente la criada, sin descubrir su rostro—. Era a... lo otro, señor.

—¿Lo otro?

—sí. Esas cosas... Dice el señor Halsey que me ocurre a menudo...

—¿Halsey?

—El conserje, señor... —descubrió ahora su faz, y Talbot no descubrió lágrimas en sus ojos, sino una expresión de terror y una crispación dolorosa en su boca—. El asegura que debo estar endemoniada. Y tal vez tenga razón.

—¿Por qué cree que la tiene?

—Me ocurren cosas así sin yo saberlo. Luego no recuerdo nada. Deben ser como estados... estados... ¿cómo llaman a eso?

—¿Hipnóticos? —sugirió el joven.

—Sí, algo así. Es igual que ser sonámbulo. No me entero de nada. Cuando me despierto, todo ha pasado y no sé lo que he dicho ni lo que me ha ocurrido.

—Yo puedo decírselo, Muriel. Usted afirmó que veía a la Muerte. Y que esa Muerte estaba aquí, entre nosotros... junto a la mujer reventada. Y que reía, reía...

—¡Oh, no, no! —jadeó con voz estrangulada, levantándose de golpe y derribando, al hacerlo, una silla desvencijada donde Talbot la había acomodado antes, para ayudarla a reaccionar, tras el suceso espeluznante del vestíbulo. Seguía sin haber luz eléctrica en la casa. Pero un quinqué, sobre la mesa amplia de la cocina, prestaba suficiente luz al recinto. Esa claridad se reflejó, vidriosa, en los ojos dilatados de la criada—. No es posible... Yo no sé nada. No puedo ver nada ahora, se lo juro, señor...

—La creo, Muriel. Parecía estar usted en trance, y creo que lo estaba. ¿Dice que le ocurre con frecuencia?

—Sí, eso afirma Halsey. Yo no puedo saberlo. Pero a veces despierto fuera dé mi dormitorio, deambulando por alguna parte, bañada en sudor frío, temblando... ¿Qué me ocurre, señor?

—No lo sé. No soy médico, Muriel. Ni creo que ningún médico pudiera explicarse las cosas que ocurren aquí esta noche... —de repente. Dean notó, con un escalofrío, que algo se deslizaba a espaldas suyas, y una enorme sombra se proyectaba de repente, deforme, contra el muro de la cocina.

Se volvió bruscamente, dispuesto a enfrentarse con cualquier nuevo horror, pero dentro de todo, la cosa no fue tan mala, aunque podía haber sido mejor.

El individuo que acababa.de entrar en la cocina, era digno de una película muda de horror, uno de aquellos viejos filmes en los que Lon Chaney hacía las delicias de su generación con caracterizaciones monstruosas y exageradas.

Encogido, ligeramente giboso, arrastrando lamentablemente una pierna rígida, la derecha, con expresión bobalicona y torpe, la boca torcida y los ojos estúpidamente inexpresivos, despeinados los rojizos cabellos hirsutos, el muchacho era capaz de pegarle un susto al miedo. Dean Talbot, que empezaba a curtirse aquella noche contra

toda clase de abominaciones y fealdades, respiró hondo, empezando a descubrir que se trataba solamente de un jovenzuelo inofensivo aunque espantosamente feo y deforme, que se movía hacia ellos, viniendo de la pequeña puerta trasera de la cocina.

—¿Quién eres tú? —preguntó con aspereza, mirándole poco confiado.

El muchacho respondió con una serie de inarticulados sonidos que fue incapaz de traducir adecuadamente. Al hablar, los labios torcidos del feo mozo espumeaban saliva.

—No podrá entenderle, señor —explicó Muriel, solicita—. Es Rusty. Rusty Woods, el muchacho de las faenas rudas del hotel.

—¿Rudas? ¿Con ese modo de andar? —dudó Talbot.

—Es muy fuerte, ahí donde le ve —aseguró la criada, mirando al muchacho, que sonreía estúpidamente mirando alternativamente a uno y otro—. Y nunca se queja por mucho que trabaje. Ha debido despertarse con todo ese ruido, aunque tiene el sueño muy pesado...

—¿Duerme cerca de aquí? —indagó Dean, mirando al muchacho con menos aprensión.

—Atrás, en la leñera. Tiene allí un camastro.

—La leñera... —los ojos de Talbot se fijaron en el rectángulo oscuro de la puerta posterior—. ¿Es todo lo que hay ahí detrás?

—¿Todo? —una curiosa expresión asomó al rostro de la criada—. No, todo no. señor. Está... está el viejo huerto, el patio trasero del hotel... Dicen, dicen que se levantaba en tiempos la horca de los forajidos... Sería mejor que no fuera allí, señor...

Dijo esto cuando Dean iniciaba unos pasos en esa dirección, en su afán de reconocer todo el terreno del siniestro lugar donde se encontraba. Dean Talbot arrugó el ceño y se volvió hacia la criada con extrañeza.

—¿Por qué dice eso, Muriel? —indagó.

—Usted ha sido bueno conmigo, señor, sea usted quien sea. Tengo miedo...

—¿Miedo? —Talbot casi sintió ganas de reír, acaso porque pese a todo su valor, se sentía al filo del histerismo— Eso lo tenemos todos, muchacha.

—Me refería a que tengo miedo... *por usted.*

—¿Por *mi?* el deportista enarcó las cejas, pensativo. Miró a Rusty Woods, el muchacho contrahecho, y éste se limitó a sonreír de forma vacía, agitando la cabeza—. ¿Qué quiere decir con eso, Muriel?

La criada señaló a la puerta trasera. Su voz cobró un tono de angustia.

—Ese huerto de atrás... No es bueno, señor. No es bueno verlo... ni pisarlo.

—¿Sólo eso? —Talbot se encogió de hombros, tomando un cabo

de vela de un rincón de la cocina, y encendiéndolo en la llama del quinqué—. Tonterías. Nada puede ser peor de lo que sucede en otros lugares de esta maldita casa. Veamos qué clase de huerto hay atrás.

—¡No lo haga, no vaya allí! —gimió la criada, amedrentada.

El no la hizo caso. Momentos más tarde, avanzaba por un angosto corredor que conducía a dos habitaciones, una a cada lado del mismo. Una resultó ser una despensa con latas, botellas, alimentos y vajillas. La otra, la leñera, con troncos hacinados, un hacha de partir leña arrinconada, y un camastro deshecho, junto a una silla con el respaldó roto. El dormitorio del infortunado. Rusty, pensó Talbot.

Luego, se aproximó a la puerta que daba fin al corredor, y la abrió. Los goznes chirriaban como la tapa de un ataúd. Asomó al exterior, totalmente oscuro. Pero la leve llama de la vela, que protegió con una mano del gélido aire de la noche y la nieve, así como su reflejo en el blanco elemento que lo alfombraba todo, le permitió identificar el amplio huerto situado entre vallas medio derruidas y unas ruinas de un pequeño edificio, allá al fondo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Dean Talbot. Y no era causa del frío tan sólo.

En aquel huerto, se veían emerger de la nieve, cruces de madera o de piedra, medio embutidas o torcidas, trozos de mármol con inscripciones borrosas y hierbajos y humedad musgosa en sus bordes.

Aquello era un viejo cementerio.

* * *

Sorprendentemente, la noche helada, surcada incesantemente por copos de nieve cada vez más espesos, que caían como confetti en una fiesta, se llenó de ruido y de vida.

Ruidos que hablaban de algo vivo y esperanzador en medio de tanta soledad y de tanto horror inexplicable. Ruidos tan concretos y reales como el motor de un coche.

—¡Un automóvil! —gritó alguien—. ¡Es un automóvil, Dios sea loado!

Todos los ocupantes del hotel corrieron hacia la puerta, seguros de que fuera de aquel paraje tétrico y angustioso, aún existía la vida, el mundo, los sonidos familiares, casi amigos.

Un coche gris, un «Land Rover», había surgido de la nieve, como una aparición insospechada, hundiendo sus ruedas en la nieve, dando tumbos, renqueante su motor, hasta que se detuvo frente a la fachada del hotel, y el grato sonido se apagó, dejando nuevamente la

campiña blanca sumida en el silencio trágico de la noche.

La portezuela del «Land Rover» se abrió. Un hombre bien abrigado, saltó a tierra golpeando con sus manos enguantadas sobre sus brazos, para restablecer la circulación. La luz de los faros se extinguió, volviendo a sumir en sombras el paraje.

Caminó resuelto hacia el hotel. Todos se hacinaron para recibirle.

—¿De dónde sale usted? —preguntó George Stribling, abrazado a su esposa, mirando curioso al recién llegado.

—¿Cómo pudo llegar hasta aquí con semejante nevada? —se interesó Harry Denberg, el conductor del autobús.

—¿Quién es usted? —rezongó Neil Parrish con acritud—. No hay luz ni teléfono. Y tampoco calefacción. El hotel está helado. Y si eso fuera todo...

El desconocido escudriñó atentamente al que hablaba. Llamó con voz potente al entrar:

—¡Halsey! ¡Halsey!

—Dígame, señor —se apresuró a responder el viejo conserje, que pareció admirado por la presencia de aquel hombre en la casa—. ¿Cómo usted por aquí a estas horas, señor Conway?

—De no llegar ahora, no hubiese podido hacerlo más tarde, Halsey —jadeó el otro, frotándose las manas y mirando en torno críticamente—. La nevada va a continuar toda la noche, según las predicciones meteorológicas. Y faltan sólo una hora o dos para que todo camino quede intransitable a causa de su espesor, en muchas millas a la redonda. En toda la comarca se ha ido la luz y los teléfonos no funcionan, de modo que este lugar no es una excepción, sépanlo todos.

—Seguimos sin saber quién es usted —apuntó la joven Gladys Stuart, mirándole con fijeza.

—Se lo diré yo —suspiró el conserje—. Es el señor Jason Conway, administrador de este hotel y socio del señor Hangman.

—Vaya, no puedo decir que sea un placer conocerle —habló el doctor Albert King, con expresión ceñuda—. Pero después de todo, ¿existe ese tal señor Hangman?

—¿Por qué no habría de existir? —preguntó ceñudo el llamado Conway.

—No sé —el dentista se encogió de hombros—. Después de lo sucedido aquí esta noche, me preguntaba si hemos viajado hasta un hotel, o hasta el mismo dominio de Satanás, señor Conway.

—¿Qué quiere decir? —miró alternativamente a! médico y al conserje.

—El es el doctor King, señor —explicó el conserje roncamente, desviando la mirada—, Y aquí han sucedido cosas... Cosas espantosas, señor...

—¿Qué clase de cosas? —parecía haber alarma en el gesto de Conway.

—Muertes, señor —dijo fríamente una voz desde el fondo del vestíbulo, haciendo que todos se volvieran en esa dirección—. Muertes humanas. Muertes violentas y sangrientas.

—¿Quién es usted? ¿De dónde sale? —demandó Conway con aspereza, contemplando la joven y atlética figura que, empuñando un cabo de vela, se movía hacia él.

—Mi nombre es Dean Talbot y soy deportista —explicó el joven—. Vengo de... del huerto trasero, ¿entiende? Encontré esto entre otras delicias...

Y su mano zurda se levantó, mostrando, envuelta en un paño, la espantosa faz descarnada de una calavera marfileña, cuyas cuencas vacías parecían mirar desde otro mundo a las personas allí reunidas.

Varias de las mujeres gritaron aterrorizadas. La señora Stribling se aterró, lívida, a su esposo. Susan McCoy y Shelley Grant, las dos amigas, se agitaron en su asiento de un sofá del vestíbulo, con un gemido ronco de angustia.

Conway miró, sereno, la calavera que sostenía tan dramáticamente Talbot. Ni un músculo de su rostro, anguloso y frío bajo el gorro de lana negro, se alteró por la visión de ultratumba. Neil Parrish, el escritor, soltó una risita.

—Muy efectista, Talbot —aprobó—. Digno de un drama shakesperiano.

—Pero muy poco gracioso —cortó Conway secamente—. No apruebo su sentido del humor, señor Talbot. Hay mujeres aquí. ¿Le gusta asustar a la gente?

—A mi, no. Se han sobresaltado un poco, eso es todo. Tres muertes seguidas, en circunstancias inexplicables y atroces, resultan mucho peor chiste que éste, señor, después de todo, estaba a la vista, entre la nieve. Casi me caí al tropezar con este cráneo. No es muy frecuente que un hotel tenga por huerto trasero un viejo cementerio, ¿no?

Conway humedeció sus labios. Halsey, el conserje, intervino conciliador.

—Es una vieja reliquia del lugar, señor —explicó—. Nadie ha querido derribar ese cementerio familiar de la familia Hangman. Aquí hubo antes un hogar, una casa particular, la de los Hangman. Resulta lógico que hubiera el cementerio privado. Y no molesta a nadie que siga ahí, porque los huéspedes no tienen por que visitarlo. No creo que los muertos puedan causar daño a nadie.

—Yo no estoy tan seguro de nada, amigo —confesó acremente Talbot—. Las muertes ocurridas aquí no tienen fácil explicación.

—Aclaremos esto, señores —habló Conway, más sosegado—.

¿De qué muertes me hablan?

—Tres de nosotros yacen sin vida —señaló el bulto tapado con la manta, en un rincón del vestíbulo, donde reposaban los restos ensangrentados y rotos de la programadora de informática Leilah Forbes—. Hay otros dos arriba.

—¿Asesinatos? —jadeó el administrador del hotel.

—Si fueran asesinatos, señor Conway, su muerte tendría una explicación natural —hablo fríamente Neil Parrish con gesto sarcástico.

—Entonces..., ¿qué son? —el viajero se movió, ligeramente incómodo, sobre las largas piernas.

—Eso tendrían que decírnoslo ustedes —casi acusó Dean—. Ante nuestros ojos, una muchacha joven y bonita *reventó* literalmente, sin que nadie la tocara. Un viajero fue decapitado en la escalera, sin haber *nadie* cerca de él. Y una tercera persona, la primera víctima, en su dormitorio herméticamente cerrado, murió estrangulado con sus propias manos aferradas a su cuello. ¿Eso tiene explicación para usted?

Jason Conway estaba lívido. Bajó la cabeza como si se contemplara las puntas de sus recias botas, cubiertas de barro y nieve. Meneó la cabeza negativamente.

—No —confesó roncamente—. No la tiene. Es algo sin sentido. Absurdo...

— Pero *real* —señaló Talbot—. ¿Quiere ver los cadáveres?

—Luego los veré —fue hacia la conserjería. Había perdido gran parte de su inicial seguridad y modos bruscos—. ¿Cómo llegaron ustedes hasta aquí, señores?

—En un autobús. Está averiado, en el garaje —señaló Denberg—. Yo soy el chófer. Pertenezco a la Arrow Travel Agency, de Londres. Creo que ustedes tienen un convenio ton ella para casos así...

—¿Arrow? —repitió Conway, distante, abstraído—. Tenemos varios convenios de ¿se tipo. Revisaré los libros. Seguramente será así. no se preocupen por nada, de todos modos. Y lamento todo esto. No puedo entender... Nunca ocurrió nada parecido aquí.

—¿Está seguro? —dudó Talbot—. Tiene usted una criada que ha intuido muchas otras veces, al parecer, la presencia de la muerte en esta casa...

—¿Muriel? Oh, no le hagan caso. Ella es una chica rara. Yo diría que una psicópata hipersensible, dada a la histeria, a la crisis...

—Pero esta vez tuvo razón. La Muerte está aquí, con nosotros —apuntó Talbot, depositando en el mostrador de la conserjería, con suavidad, el cráneo descarnado que trajera del cementerio trasero.

Conway miró el cráneo marfileño, pareció tener un estremecimiento y desvió la mirada, chirriando los dientes.

—Es posible —aceptó nervioso—. No sé lo que sucede. Acabo de llegar. Pero todo ha de tener una explicación razonable. Si era viajeros suyos, de su grupo, ¿por qué no pensar en una causa tangible y lógica para esos sucesos? ¿Por qué no suponer que, realmente, si hubo un modo de asesinar, inteligente y sutil, que a ustedes se les escapa? La policía puede llegar más lejos que nosotros en cosas así.

—La policía no podrá venir hasta aquí, señor Conway, al menos mientras los caminos estén intransitables y no haya teléfono para llamarla —apuntó Gladys Stuart, aproximándose con cierta morbosa curiosidad a la calavera.

—Lo sé, lo sé —Conway parecía acosado por sus huéspedes, y su control de sí mismo se iba deteriorando por momentos—. ¿Qué quieren que haga yo? Ni siquiera puedo volver con el Land Rover a ninguna parte, ni permitir que ninguno de ustedes lo utilice para salir_ de aquí. A la venida, tuve dos momentos en que casi me hundí en el fango y la nieve. Y ha nevado mucho más desde entonces. El que se atreviera a viajar ahora hacia alguna parte en un vehículo, podría quedarse atascado fácilmente en medio del camino... y morir congelado.

—Entonces, mientras no se haga cargo de esto la policía, señor Conway, nosotros mismos liemos de ser nuestra propia protección —señaló Talbot, irónico—. Y nuestra versión de los hechos será la única válida. Insisto en que esas muertes no fueron cosa de un ser humano. No se puede decapitar a una persona sin tocarla, ni hacer estallar un cuerpo de otra sin contacto alguno.

Jason Conway se volvió airadamente hacia el futbolista. Su voz fue casi un desafío.

—Señor Talbot, ¿qué sugiere usted en este caso? —se enfureció—. ¿Que alguna fuerza desconocida, algún poder que no es de *este mundo* ha causado esas muertes?

Dean Talbot, ante el escalofrío general, movió afirmativa, lentamente su cabeza.

—Si —dijo sordamente—. Eso es lo que afirmo.

CAPITULO V

No era gran cosa. Pero mejor que nada, sí

Vince Halsey, el conserje, había encendido la estufa. Alrededor de ella, cuando menos, había un grato calorcillo, aunque el resto del hotel estuviera cada vez más helado e inhóspito.

Nadie quería irse a dormir. Parecían haber tomado un instintivo pánico hacia sus alcobas y la amplia y tétrica escalera. Sin embargo, si la afirmación escalofriante de Dean Talbot respondía a la realidad, todos sabían que no había sitio seguro en parte alguna de aquella casa.

Muriel, mucho más sosegada ya, había preparado café o té, según las preferencias, y todos combatían el frió y la destemplanza con tazas de la infusión favorita, o con algún reconfortante trago de brandy o whisky. Las mantas servían para guardar sus hombros y espaldas de las inclemencias de la noche.

Denberg, el chófer, había ido a revisar el autobús, en compartía de Conway y de Neil Parrish, para ver si podían salir de allí lo antes posible, una vez reparada la avería. Su regreso, poco más tarde, no resulto muy esperanzador.

—Lo siento, señores —declaró Conway, limpiándose la grasa de las manos, al reaparecer con el chófer, seguidos ambos por Neil Parrish, que parecía absorto en sus pensamientos—. La avería es difícil de arreglar. Creo que tendrán que esperar al nuevo día..., suponiendo que entonces no haya peligro de salir a la ruta.

—Vaya alivio —suspiró alguien del nutrido grupo—. Pensar que hay que seguir aquí durante horas enteras, que la noche no ha hecho sino empezar...

Como confirmación a aquellas palabras, el reloj del vestíbulo del hotel desgranó hasta dos lúgubres campanadas. Talbot cotejó esa hora con la de su propio reloj.

—Va diez minutos adelantado —suspiró—. Son las dos menos diez, exactamente.

—Toda la noche por delante —se lamentó el doctor King—. Al menos faltan seis horas para que salga la luz del día...

—Algo más —comentó Halsey, el conserje—. En esta época del año, amanece muy tarde. Y más con esos nubarrones tan oscuros...

Algunos de los presentes se removieron inquietos. Dean Talbot miró a Gladys Stuart, que se sentaba junto a él, delante de la estufa.

—¿Cómo se siente? —quiso saber.

—No mal del todo, dadas las circunstancias —son rió ella débilmente—. Usted tiene mucho valor. Talbot.

—¿Por qué dice eso?

Porque es la verdad. Atreverse a pisar un cementerio en un lugar

como éste...

—Lo cierto es que no me dio temor alguno. Esos huesos que yacen entre lápidas rotas o a medio levantar, esas cruces abatidas, no pueden causar daño alguno.

—Pero usted dijo hace poco que nada de esto es obra de seres vivos, de nadie de este mundo... —se estremeció la joven.

—Tengo que pensar así. Pero me resisto a imaginar que los difuntos tengan intervención en ello. Quiero imaginar que, realmente, aquello es la paz, el descanso eterno. Hay otras fuerzas que nosotros no conocemos ni dominamos y que pueden ser las que se desencadenen para destruir determinadas personas.

—¿Por ejemplo?

—No sé... Satanismo, ritos ocultos, poderes mentales, fuerzas de la oscuridad, llámense como se llamen...

—¿Le gusta la parapsicología? —se interesó ella vivamente.

—He leído algo, sin detenerme nunca a pensar si me interesa o no —admitió Dean, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Oh, por nada. Imaginé que esos temas, para un futbolista, no eran adecuados.

—Además de dar patadas a un balón, señorita Stuart, me gustan muchas otras cosas de la vida, como estudiar, leer, preocuparme por las cosas de mi tiempo...

—Eh. Talbot, ¿quiere venir un momento, por favor?

Dean se interrumpió. Miró por encima del hombro de la joven. Era Neil Parrish el que estaba haciendo gestos para que se aproximara.

—Perdone —se excusó con la muchacha, incorporándose. Fue hacia donde Parrish permanecía en pie, junto a la desierta conserjería, anotando algo en un bloc. El cráneo del cementerio había sido retirado de allí—, ¿Qué quiere. Parrish?

—Vea esto —dijo el escritor, hurgando en sus bolsillos—. Creí oportuno que lo viera usted.

Dean tomó de manos del periodista un pequeño cuaderno espiral y hojas cuadriculadas. Lo repasó. Algunas páginas aparecían llenas de letras menudas.

—¿De dónde sacó esto? —quiso saber.

—Subí al autobús mientras Denberg y Conway revisaban el motor. En la red había un portafolios de Ray Mansfield. Tenía sus iniciales. Lo abrí y encontré esto.

—¿Era suyo, entonces?

—Es evidente. Léalo. Tiene su interés. Talbot.

—¿Por qué me lo enseña precisamente a mí? —se extrañó el joven.

—Me ha parecido el más inteligente de todos —rió Parrish entre dientes, guiñándole un ojo—. En ese cuadernillo hay algo importante,

quizá decisivo.
—¿Tenemos derecho a examinarlo? Su dueño está muerto...
—Puede ser esclarecedor. Me gustaría que lo leyese.
Dean Talbot arrugó el ceño. Y terminó leyendo aquellas hojitas llenas de apretada letra minuciosa. Sintió un escalofrío al terminar. Devolvió el librito a Parrish.
—Es... una confesión horrible —murmuró—. En vida le habría costado la prisión durante muchos años. Y eso porque no existe la pena capital hoy en día, Parrish.
—Exacto —aprobó el periodista, guardándose el cuaderno—, Aquí, el difunto Ray Mansfield reconoce haber estrangulado a una sobrina suya, fingiendo luego un suicidio. Los motivos son repugnantes. El tío estaba enamorado obscenamente de su sobrina. La deseaba. Ella se resistió. Y la mató en un arranque de ira, estrangulándola con su corbata. Tuvo que planear todo para aparentar el suicidio. Hubo sus dudas, pero la cosa resultó. Ray Mansfield era un asesino. Talbot.
—Sí, lo sé. También he observado que habla ahí de su sobrina ampliamente...
—La chica era extraña. De carácter raro, introvertido. Según su tío, le fascinaban los temas ocultos. Iba a los cementerios y se quedaba horas entre las tumbas, como abstraída. Se hallaron libros de satanismo entre sus cosas, al morir. Eso fue lo que convenció a la policía de que fue un suicidio, atribuyéndolo a ideas de la chica sobre un Más Allá que le fascinaba de forma enfermiza...
—¿Por qué comenta usted eso, precisamente, Talbot? —los ojos de Parrish brillaban fijos en el joven deportista.
—Porque lo comenta ahí Mansfield.
—Sí, pero ¿por qué lo cita con tanto detalle, amigo mío?
—Es un aspecto fascinante del horrible suceso, ¿no?
—Sabía que pensaría así —afirmó el reportero, satisfecho—. No me equivoqué al pensar que usted era inteligente. Talbot. Me ha comprendido perfectamente. Sé por qué menciona esa curiosa naturaleza de la chica asesinada, j —¿Lo sabe?
Sí. Usted, como yo, sabemos que algo sucedió al llegar a este hotel...
Dean afirmó despacio, entornando los ojos para recordar.
—Hubo una llamada telefónica. Para Ray Mansfield —dijo lentamente—. Nadie podía saber qué estaríamos aquí en ese momento, pero la llamada existió. El conserje dijo que era una mujer... la voz de una mujer, casi una niña..., y dijo llamarse Nelly.
—Eso es, Talbot —suspiró Parrish—. Y Nelly... era el nombre de la sobrina de Ray Mansfield que él asesinó hace ya varios años.
En alguna parte de la casa, súbitamente, sonó una larga carcajada que pareció brotar de las propias tumbas situadas detrás de la

mansión.

Gritos de terror de los reunidos acogieron esa risa demoníaca y aguda. Las Ha mas de velas y quinqués oscilaron bruscamente, como si una helada corriente hubiera barrido el vestíbulo de sombras...

* * *

Dean Talbot y Neil Parrish se precipitaron sin pérdida de tiempo hacia la cocina, de donde llegaba aparentemente la risa infrahumana y atroz, i os demás viajeros formaban una piña, sobrecogidos, en torno a la estufa.

De la conserjería surgió rápidamente Jason Conway, el administrador, con un vicio revólver amartillado en la mano, reuniéndose con ellos dos. Los tres hombres se internaron en el corredor oscuro, bajo la mirada de angustia de los demás.

—No creo que le sirva de mucho esa arma. Conway, si nos enfrentamos con algo que no es de este mundo —apuntó con sarcasmo Neil Parrish.

—Yo no estoy convencido de tal cosa, ni mucho menos —rechazó ásperamente el administrador.

Talbot no comentó nada, limitándose a abrir paso hacia la cocina, seguido por los otros dos hombres. Cuando llegaron, la risa se repetía escalofriante.

Talbot respiró hondo, parándose en seco. Detuvo a los dos compañeros.

—Esperen —dijo—. Es Muriel.

—¡Muriel y sus malditas crisis histéricas! —se enfureció Conway, tratando de apartar el brazo de Dean para penetrar violentamente en la cocina.

—No, estése quieto —cortó Dean con grave tono—. No la interrumpa. Puede ser peligroso para ella. Está en trance, como hipnotizada.

Era cierto.

Nuevamente Muriel aparecía rígida, mortalmente lívida y empapada de sudor, en medio de la cocina. De su mano se había caído tina tetera, vertiendo el contenido por el suelo. Sus ojos, dilatados y vidriosos, se fijaban en el vacío, y todo su fornido corpachón se agitaba, presa de espasmos violentos.

Sobrecogido en un rincón, asustado y babeante, el deforme Rusty Woods se limitaba a mirar a su compañera de tareas domésticas con expresión medrosa. De su boca escapaban sonidos inarticulados y roncos.

Ya no reía Muriel, pero de su boca había surgido aquel sonido inhumano, aquella risa que no tenía nada de humana. Ahora, la criada

permanecía silenciosa, como si contemplase algo situado muy lejos de todos los demás, pero que cuando menos, era visible para ella.

—Estoy harto de ella y de sus trances —gruñó Conway, irritado.

—Aunque así sea, debe dejarla. Yo la manejaré. Conway, déjeme.

Se apartó de ambos hombres y, muy lentamente, se aproximó a la muchacha, sin hacer ruido. Se detuvo ante ella. Le preguntó suave, dulcemente casi:

—Hola, Muriel. Soy yo, Talbot, tu amigo...

—Talbot, mi amigo... —repitió ella, como en plena hipnosis.

—Eso es, Muriel. ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que estás viendo?

—Veo..., veo a esas personas...

—¿A quiénes? —insistió con suavidad, Dean.

Parrish y Conway asistían a la escena con sorpresa. Una expresión de curiosidad y tensión aparecía en el rostro habitualmente malicioso y cínico del escritor.

—A ellos... La muchacha..., la niña... Nelly...

—Nelly —repitió Dean con un escalofrío—. Sigue, Muriel.

—Está... *está aquí.*

El temblor que subió por la espina dorsal de Talbot, alcanzó su nuca, erizándole el cabello, pero no se des compuso. Por el contrario, insistió afable:

—¿Dónde, Muriel?

—Aquí..., entre nosotros..., lo mismo que los otros...

—¿Qué otros? —rogó Talbot, humedeciendo los labios con la punta de la lengua.

—Todd Miller...

—¿Quién es Todd Miller?

—Es.... es el decapitado...

—¿Decapitado?

—Si, no tiene cabeza... Se la cortaron... También está aquí...

—¿Quién le cortó la cabeza, Muriel? ¿Lo sabes tú?

—El.... él lo dice... Fue su compañero... Estaba ebrio... Trabajaban juntos en la granja... El amigo siempre estaba ebrio... Le cortó la cabeza con una guadaña... Por una mujer... Nunca probaron nada. Fue... como un accidente. El se libró de la horca...

—¿Quién era *él?* El amigo de Todd Miller... ¿quién fue?

—El dice que era..., era... un hombre... llamado Derek Walsh...

—Walsh... —jadeó Parrish roncamente, palideciendo—. La segunda víctima... La que perdió su cabeza... en las escaleras. Conway.

Este, con el rostro como el papel, se limitó a asentir y tragar saliva. Dean, dominando sus emociones, insistió con Muriel, siempre suave, afectuoso, si brusquedades:

—Muriel... Sigo siendo yo, su amigo Talbot...

—Si, mi amigo Talbot.

—Muriel, ¿hay alguien..., alguien *más* aquí, *ahora?*

—Está la tercera persona... La tercera...

—¿Quién?

—Annie Forbes... Dice que fue hermana de Leilah... Iba a casarse con el que fue novio de Leilah... Y ésta, celosa... la arrolló con su coche... La reventó... Annie murió... Y el novio, horrorizado, escapó de allí, sospechando la verdad que nunca pudo probarse contra Leilah...

—Reventada... Igual que Leilah murió aquí... Dios mío... —susurró Parrish, empapado de sudor.

—Muriel, ¿quién más hay aquí? ¿Nadie más? —insistió Talbot, en tensión ahora.

—Sí. Alguien más... La última persona... La última...

—Haz un esfuerzo. Uno más, Muriel, amiga mía. ¿Quién es esa otra persona que tú puedes ver?

—No la veo claramente. Está alejándose... Ríe... Ríe porque va a hacer lo que tiene que hacer... Se llama..., se llama Yv..., Yvette... Eso es, Yvette...

Yvette..., ¿qué más? —preguntó angustiado Talbot, presintiendo que estaba al borde mismo de la negrura de lo eterno, en la frontera irreal que separaba este mundo de otro desconocido para todos—. Por el amor de Dios, Muriel, ¿qué más?

—Yvette... tiene que hacer lo que vino a hacer... Ella es.... es la muerte. Todas son la Muerte... Yvette... Se borra, se aleja..., se fue... Ya no está. No la creo. Pero sigue aquí... Los demás esperan, ríen...

De nuevo, de la boca de Muriel surgió aquella risa espeluznante, aterradora, que no correspondía a su voz ni a su persona. Los tres hombres temblaron. Porque todos ellos sabían ahora, sin lugar a dudas, que era una risa que venía del Más Allá de la vida, de las profundidades lóbregas e insondables de la misma tumba...

Muriel respiró hondo después. Enmudeció. Un jadeo escapó de sus labios resecos. El sudor perlaba su frente. Pestañeó. Cerró los ojos.

Al abrirlos, estaba normal, aunque respiraba profundamente. Ya no eran sus pupilas vidriosas y ausentes. Sus poderosos pechos se agitaban con el aliento. Volvía a ser solamente Muriel Corman, la criada del hotel.

—¿Qué..., qué hace usted aquí, señor? —preguntó sorprendida. Miró a los otros y se sobresaltó—. ¡Señor Conway! Oh, perdone... Sufrí un mareo, creo... Se me cayó la tetera... Lo siento...

—No importa. Muriel —jadeó Conway, sobrecogido todavía—. Todos estamos esta noche un poco nerviosos. Haga otra tetera llena. La gente necesita calentarse un poco.

—Sí, señor, sí —se apresuró a asentir la mujer, tras mirar, algo inquieta, a Dean Talbot, que le sonrió animoso.

Salieron los tres de la cocina. Dean dirigió una ojeada de soslayo a Rusty, que no parecía haberse enterado de nada, sumido en su estupidez crónica, aunque se veía todavía miedo en sus ojos.

—¿Qué piensan de todo esto? —preguntó roncamente Parrish.

—No lo sé —resopló Conway—. Fue espantoso todo. ¿Puede ser ella una vidente, una mujer que vea espíritus y cosas así, Talbot?

—Eso parece. Pero seguimos sin saber quién puede ser Yvette...

De repente, supo qué había ocurrido.

De nuevo el desastre, el horror, azotaba la casona perdida en la nieve. Apenas se oyeron aquellos espantosos alaridos en alguna parte de la casa, y el ruido de algo al caer estremeció las paredes. Dean Talbot estuvo convencido de que fuese lo que fuese lo que tenía que hacer «Yvette»... ya estaba hecho.

Corrieron al vestíbulo. Miraron al grupo de viajeros. Todos parecían tan impresionados como ellos, pero nada les sucedía. Talbot advirtió los ojos de los presentes fijos en la escalera, en la planta alta.

Se encontró con la mirada trémula de Gladys, que señaló a lo alto.

—Arriba, Talbot —murmuró—. Arriba... Los Stribling están allí... Se fueron a descansar hace cosa de cinco minutos...

—¡Dios mío! ¡Los Stribling! —gritó Dean, lanzándose escaleras arriba como un huracán.

Tras un momento de indecisión, los otros dos hombres corrieron en pos de él„ aunque no podían entender lo que sucedía. El inútil revólver volvía a aparecer entre los dedos de Conway, pero éste mismo parecía haber perdido su fe en él.

La puerta del dormitorio de los Stribling aparecía cerrada herméticamente. Talbot recordó muy bien que en el reparto de habitaciones fue la única pareja en ser destinada a un dormitorio de matrimonio: el número seis.

—¡Su revólver! —avisó a Conway—. Ahora si puede servir. ¡Dispare contra la cerradura, pronto!

—Pero yo...

—¡Vamos! ¿No ha traído un arma consigo? Al menos servirá para eso. ¡Dispare de una vez! Tenemos que entrar ahí lo antes posible..., aunque me temo que ya sea demasiado tarde...

Jason Conway aplicó el viejo revólver a la cerradura e hizo fuego dos veces. Los estampidos atronaron la casa, pero no producían un sonido inquietante. Al menos, pensó Talbot, era un sonido real, tremendamente físico.

La cerradura colgó hecha trizas. Dean cargó con sus poderosos hombros de deportista contra la hoja de madera. y esta cedió con un crujido áspero. Los tres hombres penetraron casi violentamente en el dormitorio de George y Melissa Stribling.

Dean Talbot tuvo razón.

Era demasiado tarde. Los Stribling ya no pertenecían a este mundo. Ambos habían muerto.

Abrazados, con los rostros convulsionados por el terror, como si contemplaran ante sí un horror sin límites, algo demasiado espantoso para poderlo creer ni aceptar. La muerte les había sorprendido así.

Conway se agachó sobre ellas. Buscó su aliento, su pulso, los latidos de su corazón. No encontró nada de eso, evidentemente. Se puso en pie, miró a Dean y a Parrish con tanto horror en su rostro como podían mostrar las Stribling, o poco menos.

—Muertos... —jadeó—. Muertos los dos. Y sin una herida, ni una señal de violencia. Nada.

—Es como si hubieran muerto *de miedo* —señaló Parrish, frotándose el mentón pensativo—. Un colapso simultáneo. Mortal. ¿Eso tiene sentido?

—Morir de miedo, cuando menos, no tiene nada de sobrenatural —apuntó Conway, con cierto alivio—. Eran una pareja de edad avanzada. Quizá de corazón débil. No resistieron esto. Cualquier medico podría confirmar esto.

—¿Murieron de miedo aquí, en este dormitorio vacío? —dudó Talbot, mostrando la habitación totalmente normal, la llama que ardía en el quinqué de la mesilla. la ventana herméticamente cerrada. Fue al aseo inmediato y regresó, encogiéndose de hombros—. Todo normal. Cerrado por dentro. ¿Qué pudo asustarles así?

—Tal vez su propia imaginación.

—Sí, tal vez —Dean meneó la cabeza escéptico, mirando a Parrish, que revisaba la maleta de los Stribling sin decoro alguno—. ¿Qué hace usted ahí?

—Algo que me explique esto, Talbot —gruñó el periodista—. Y creo que lo he encontrado. Vea .esto...

Le tendió una carpeta de cartón, repleta de recortes de prensa. Talbot los aproximó a la luz. Leyó alguno de los titulares de viejos diarios ya amarillentos, en diversas crónicas.

El titular más repetido era uno muy concreto:

> «Bella y madura millonaria, muere de ataque cardíaco. La policía deduce que un susto o fuerte impresión acabó con su delicada salud y su corazón enfermo.»

Otro titular especificaba algo más:

> «George Stribbling llora desconsolado la muerte de su esposa Yvette, víctima de su corazón delicado.»

—*Yvette...* —musitó Dean con un estremecimiento. Y miró en torno, a la llama que temblaba en el quinqué, a las sombras de los muros, al

aire mismo de la habitación, donde parecía flotar *algo* que él no podía ver—. Dios mío, era eso...

—Parece evidente, Talbot —asintió Parrish cínicamente—, El viejo Stribbling asustó de alguna forma a su primera mujer, causándole la muerte intencionada. Luego se casó con Melissa, su actual esposa, tras heredar el dinero de la víctima.

—Y ahora, Yvette Stribbling ha vuelto para vengar se... —jadeó Talbot, apartando de sí los viejos recortes de periódico—. Dios mío...

—¿Se ha dado cuenta de algo. Talbot? rió huecamente Parrish, dejando la carpeta donde la encontrara—. Somos un grupo viajero muy curioso. Como en la novela de Agatha Christie, «Diez negritos», TODOS somos culpables de algún crimen no purgado...

—Si, Parrish —murmuró Talbot sombrío—. Sólo que en este caso, no hay asesino *humano,* tangible. Esta vez. hay algo que no es de este mundo, que está más allá de la vida..., acaso en el reino de los muertos... Y otra cosa más: no *todos* somos asesinos. Yo, al menos, nunca he matado a nadie.

—Pero yo si. Talbot —dijo sordamente Neil Parrish, mirándole fija, lúgubremente—. *Yo, si.*

CAPITULO VI

El reloj marcaba exactamente las tres de la madrugada. Su tictac, monótono y audible en el silencio, era como un martilleo apagado sobre los nervios de los reunidos.

A pesar de la estufa, el frío se iba acentuado a medida que avanzaba la madrugada. Fuera, la nevada era copiosa. La luz y el teléfono seguían sin existir para ellos.

—¿No piensa descansar alguna vez? —preguntó Vince Halsey, bostezando entre cabezada y cabezada.

—No. maldita sea —refunfuñó con acritud el doctor King—. ¿Quién se mete en su dormitorio para correr el riesgo de aparecer sin vida momentos más tarde?

—La muerte está en todas partes, doctor —objetó Parrish, encogiéndose de hombros—. Puede llegar en cualquier momento. Y a cualquier sitio.

—Aun así, prefiero permanecer aquí toda la noche, sin pegar ojo —refunfuñó el dentista.

—¿Es que acaso tiene su conciencia sucia, doctor? —rió el periodista irónico.

—¡No tolero insultos de nadie! —se enfureció el doctor Albert King, levantándose de un salto—. Y menos de usted, que parece muy divertido con la situación.

—¿Divertido? —Parrish se encogió de hombros soltando una risita —. No diría eso si supiera que yo puedo ser la próxima víctima de.... de lo que sea, de ese algo terrible y vengativo que mora entre estas paredes, doctor.

—¿Vengativo? —terció Gladys Stuart, sorprendida—. ¿Por qué? ¿Qué clase de venganza puede haber en todo esto?

—Es largo de explicar —suspiró Talbot—. Pero Parrish tiene razón. Todo el que tenga algo en su conciencia, el que se sienta responsable de algo malo que hizo alguna vez, debería confesarlo antes de que fuera demasiado tarde.

—Temo no comprender una palabra de lo que dice. Talbot —gruñó Adam Scott, el viajero que fuera vecino del difunto Derek Walsh en el viaje en autobús.

—Mejor. Eso querrá decir que usted no mató a nadie jamás, señor Scott.

—¿Matar? —el viajero se estremeció de los pies a la cabeza—. Cielos, claro que he matado alguna vez, por desgracia.

—¿Y lo confiesa? —murmuró Parrish—, he aquí un hombre valiente.

—No tengo nada de valiente —se lamentó Scott—. Lo que ocurre es que luché en la vieja y breve guerra contra Egipto, cuando la crisis

del Canal de Suez. Entonces pilotaba un avión. Ametrallé a un convoy egipcio. Luego supe que había provocado más de diez bajas entre muertos y heridos. Y total, ¿para qué? Los egipcios no me habían hecho nada. Visité sus tumbas cuando estuve en El Cairo como turista, años más tarde. Todas las guerras son estúpidas. Y las órdenes que se dan a los soldados son inhumanas y crueles, no tienen sentido.

—Ignoro si las antiguas momias egipcias se alzarán de sus sarcófagos para vengarse de usted, Scott —comentó Parrish, menos jovial de lo que su comentario daba a entender—. Pero sólo eso nos faltaría. De todos modos, su caso es distinto. Mató en una acción bélica.

—Eso también es matar, Parrish —objetó ásperamente Jasdon Conway desde la conserjería, donde tomaba un café y releía un viejo periódico de un montón de diarios allí apilados.

—De acuerdo, pero los responsables son otros, no el soldado que obedece órdenes. Aquí se habla de otra clase de muertes. De asesinatos a sangre fría, pongamos por caso.

—Oh, por Dios, ¿por qué no se callan? —se sobresaltó Gladys Stuart, poniéndose en pie de un salto. La joven secretaria tenía un reflejo de angustia en sus pardas y bonitas pupilas—. Estoy harta de oír hablar de sangre, de muertes, de crímenes, de venganzas de ultratumba y todo eso. Sea lo que sea lo que nos ha de ocurrir a todos esta noche, ¿por qué no hablamos de otras cosas menos desagradables para nosotros?

—Porque estamos tratando de llegar al fondo de la cuestión, señorita Stuart —replicó suavemente Parrish, mirándola con fijeza.

—¿Y cuál es el fondo de esa cuestión? ¿Muertos que salen de la tumba para vengar un crimen cometido hace años? ¿Por qué precisamente aquí y ahora. Parrish?

El periodista se encogió de hombros, escéptico.

—No me lo han informado, mi joven amiga —confesó con cinismo—. Tal vez porque así estuviera decidido ya de antemano. Eso me hace recordar algo que antes me vino a la mente... Usted. Denberg...

—¿Eh? —se sobresaltó el chófer, pegando un respingo. Miró alarmado al periodista—. ¿Qué ocurre conmigo, señor Parrish?

—Estaba pensando en la extraña avería de ese autobús, en la forma en que coincidimos todos los viajeros en esa excursión tan desafortunada... Denberg, ₀para quién trabaja usted?

—Creo que todos lo saben —sonrió forzadamente el chófer—. En la agencia de viajes Arrow. Todos ustedes se inscribieron allí para este viaje, ¿no?

—En efecto. Pero también recuerdo algo: todos ganamos una especie de premio o invitación a un fin de semana con la Arrow,

pagados todos los gastos.

—Eso es cierto —confirmó vivamente el doctor King—. Yo recibí mi boleto nominal, con una carta de la agencia, invitándome a viajar sin pagar un chelín.

—Creo que ésa es la situación de todos nosotros —suspiró Dean Talbot—. Coincidía con una semana en la que no tenemos partido de fútbol y acepté el premio sin preguntar mas. Todos fuimos citados ante las oficinas de la agencia en Londres. Y usted nos recogió, Denberg

—Exacto —el conductor del autobús tragó saliva—. Trabajo para la Arrow hace pocas semanas. Este fue mi primer viaje real con la empresa. El resto del tiempo cobré sin hacer otra cosa que presentarme en la oficina cada día, a la espera de la reorganización de la misma. Eso fue lo que me dijeron.

—¿Quién se lo dijo? — interrogó ahora Talbot, curioso.

—Pues... el señor Ross Fulton, nuestro encargado.

—Fulton... ¿Cómo es él? —ahora era Parrish quien preguntaba.

—Fulton... —el chófer parecía realmente acosado por tanta pregunta súbita—. Pues era alto, delgado... Viste de oscuro siempre, creo que negro o azul marino, no podría decirlo. Hay poca luz en las oficinas. Y están tan destartaladas... Como si llevaran abandonadas mucho tiempo. Es muy descolorido, eso sí. Y mira muy fijamente, con expresión rara... Tiene gracia que pregunte eso...

—¿Gracia? ¿Por qué? se extrañó Parrish.

—Bueno, porque yo.... yo ¿saben lo que pensé la primera vez que le vi? —rió con aire forzado y añadió—: Pensé que se parecía... a un cochero de pompas fúnebres o al dueño de una funeraria.

Se hizo un pesado silencio. Todos se miraron entre sí, especialmente Talbot y Parrish. En la conserjería, en estos momentos. Jason Conway buscaba frenéticamente algo en un libro del hotel, pasando hojas y hojas. Parecía muy excitado. Al fin, golpeó con una mano abierta sobre una de las páginas.

—¡Lo sabía! ¡Ya lo tengo! —clamó.

—¿Qué es lo que tiene? —interrogó Talbot, volviéndose a él.

—La agencia... Miren aquí. Estaba inscrita en el libro de actividades hoteleras de nuestra empresa, señores... Cierto, figura la Arrow Travel Agency, pero...

—Pero ¿qué? —trató de saber Parrish, apresurándose a ir con Talbot hacia la conserjería.

—Pero esa agencia cerró hace ya varios años, por fallecimiento de su propietario y director general... —señaló el volumen de apuntes—. Vean, ahí figura registrada la baja de la agencia. Nunca más, desde entonces, hemos tenido relación alguna con la Arrow..., porque la Arrow *no existe.* No hay ninguna agencia con ese nombre en todo el

anuario de agencias de viaje, compruébenlo.

Y tendió otro volumen de hojas de color amarillo a los sorprendidos viajeros.

Era cierto. No figuraba ninguna Arrow Travel Agency allí. Y en el libro de operaciones hoteleras de Conway aparecía un viejo trazo de tinta borrando el nombre de dicha agencia, con la anotación marginal bien clara:

«Desaparecida por defunción.»

—Entonces... —masculló Parrish, apartando los libros—. Entonces, ¿quién nos llevó en ese autobús y por qué?

—Eso resulta obvio, amigo mío — suspiró Talbot moviendo la cabeza—. Para matar a todos los culpables de asesinato que viajaban en el vehículo... y que están hospedados aquí. Pero ¿por qué yo si *sé* que no he matado a nadie? ¿Por qué otras personas, como esa muchacha secretaria, Gladys Stuart, y otros más, que no pueden ser culpables de crimen alguno?

—En eso se equivoca. Talbot —replicó Conway con aspereza.

—¿En qué? replicó rápido Dean, mirando al administrador del hotel.

—Halsey, el conserje, se ha encontrado hojeando periódicos viejos con una noticia que puede interesarles a ustedes del mismo modo que me interesó a mí. Halsey ha preferido informarme solo a mi de ese hecho, y confío en que ustedes sean ahora discretos. No conduciría a nada provocar más pretensiones y temores en la gente.

—¡A qué noticia se refiere, Conway? —insistió Dean.

—A ésta, Talbot —dijo abruptamente el administrador, sacando de la pila de viejos diarios un periódico en concreto, cuyas páginas de sucesos puso ante las narices del joven deportista.

Dean Talbot miró con asombro la fotografía de aquella muchacha que tan familiar le resultaba, así como el titular que encabezaba la noticia:

> JOVEN SECRETARIA, SOSPECHOSA DE HOMICIDIO. EL PROCESO SE INICIARA MAÑANA EN OLD BAILEY. ¿MATO REALMENTE GLADYS STUART A EDNA POWELL. LA RICA DAMA QUE LA CONTRATO A SU SERVICIO, DEJANDOLA LUEGO HEREDERA DE TODA SU FORTUNA?

* * *

—Ya ve, amigo mío. No puede uno fiarse de una cara bonita y de unos ojos que miran así —sentenció cínicamente Neil Parrish—. Esa chica es otra de las personas que no pagó por el crimen cometido.

—Todavía no lo sabemos, Parrish —rechazó Talbot malhumorado —. Ni siquiera conocemos el final del proceso.

—Evidentemente, debió salir absuelta, o ahora no estaría aquí. Ese periódico sólo tenía tres años de antigüedad. Nadie pasa menos de tres años de presidio por un homicidio, y menos si es para heredar una fortuna.

—Si fue absuelta, tal vez es porque pudo probar su inocencia.

—O porque no pudo ser probada su culpabilidad —sonrió Parrish— Recuerde nuestras leyes. Talbot: nadie es legalmente culpable mientras no se pueda demostrar. Esa chica está aquí, ¿no? Entre nosotros. Por tanto, *tiene* que ser culpable. Le guste o no.

—Yo también estoy aquí. Y sé positivamente que no causé ningún daño a nadie.

—Tal vez diga la verdad, pero puede ser un simple error o una casualidad, no sé.

—Si esto es obra de..., de una fuerza que no conocemos, de algo de otro mundo, no puede haber error. Y sin embargo, aquí estoy, sin culpa alguna.

—Está muy obstinado en sostener la inocencia de esa chica, ¿verdad? ¿Qué le pasa? Usted es inteligente y sereno, razona con frialdad... ¿Es que se ha enamorado de ella?

—Yo no... —comenzó Dean. Luego se detuvo, mordiéndose el labio inferior, y clavó sus nobles ojos en Parrish para añadir—: Es posible. Sí, puede que me guste ella. ¿Hay algo malo en eso?

—Para mi, no. Para usted, es posible. Sobre todo si esta venganza de ultratumba sigue adelante. Recuerde lo que *veía* Muriel en sus alucinaciones, visiones o como quiera llamarle: la Muerte está aquí. O más claro aún: *los muertos* están aquí.

—Parece ser que es usted quien se asusta ahora, Parrish.

—¿Por qué no iba a asustarme? Ya le dije que *sí* soy un asesino.

—Creí que era uno más de sus cinismos, una broma de mal gusto.

—Yo no bromeo con esas cosas, Talbot. Dije la verdad. Maté a un hombre una vez. Lo hice intencionadamente. Con toda frialdad. Luego borré las evidencias y salí bien librado de eso. Nadie podrá probar jamás nada, por eso se lo confieso a usted. Pero los muertos me inquietan. Si mi víctima regresa a por mí, no tendré escapatoria.

—¿A quién mató y por qué? ¿No va a contármelo?

—No creo que valiera la pena —se encogió cínicamente de hombros—. Maté y eso basta. Es una vieja y sucia historia de ambiciones, falsa amistad y egoísmo. Nada nuevo ni nada noble. Usted no lo entendería. Tiene auténtico espíritu deportivo. Talbot. Usted me parece un hombre integro y limpio. Sí, no sé lo que pinta aquí la verdad, rodeado de carroña como nosotros... Cada vez estoy más convencido de que todos nosotros somos despreciables criminales de un modo u otro..., y que hemos acudido a la cita final con nuestro destino.

—Pero no tiene sentido que yo esté aquí. O que lo esté ella, si es inocente —insistió con aspereza Dean Talbot—. Eso es lo que no logro entender, si en todo esto hay una mano oscura y sobrehumana, como parece haberla.

No se preocupe —Parrish se encogió de hombros, empezando a alejarse de él—. Sea como sea, las cosas se empezarán a aclarar por si mismas... y tal vez de un modo justo e inexorable para todo aquél de nosotros que lo merezca.

Matar, destruir, nunca es justo —rechazó Talbot—. Ni siquiera por voluntad de los muertos, si esa voluntad existe realmente. Creo que Dios es quien debe decidir.

—¿Qué podemos hacer nosotros de Dios y de los que van a su encuentro más allá de esta vida? —fue el comentario de Parrish, ya alejado de él—. No sabemos nada. Talbot. Absolutamente nada. Sólo que tenemos miedo, que estamos asustados...

Dean no comentó nada. Parrish se había reunido con el grupo formado en torno a la estufa. El aún sostenía en sus manos el recorte del periódico que les mostrara el administrador del hotel. Había cortado con sus propias manos el titular y lo guardó despacio en un bolsillo, encaminándose a la puerta principal del hotel, con aire abstraído.

Abrió, dejando entrar una ráfaga de aire y de nieve. Los demás protestaron y él saltó fuera, cerrando tras de sí. Hundió los pies eh la nieve. Alrededor del hotel Hangman la noche era un manto blanco, frío y crujiente. Y los copos seguían cayendo con intensidad. Conway tenía razón. Si seguía así, quedarían bloqueados por la nieve incluso al día siguiente, lejos de toda posible ayuda. Lejos de todo camino de huida.

—¿Por qué? —se preguntó, hundiendo las manos ateridas en sus bolsillos—. ¿Por qué todo esto? ¿Qué hago yo aquí, después de todo?

Dio unos pasos por la nieve. De pronto, giró la cabeza con inquietud. La puerta del hotel se había abierto. Alguien salió al exterior, lo mismo que él. Una figura alta, esbelta, arrogante, de elegancia indiscutible, de distinción y juventud.

—¿Le gusta la soledad? —preguntó Shelley Grant, la modelo de alta costura, con un asomo de sonrisa en su bello y suave rostro.

—A veces —admitió Dean brevemente, encogiéndose de hombros.

—Es extraño en un deportista. Creí que les seducían las multitudes de los grandes estadios.

—Yo rara vez juego en grandes estadios —sonrió Talbot—. Juego en un Segunda División, señorita Grant.

—Veo que recuerda bien mi nombre —a su vez ella también sonrió, aproximándose a él.

—Siempre recuerdo el nombre y el rostro de una mujer bonita.
—Eso es una bella galantería. ¿Le dije que mi hermano es un gran aficionado?
—¿Al fútbol? Si, me lo dijo.
—Philip colecciona fotografías y cromos de futbolistas. Tiene sus paredes llenas de famosos de todos los tiempos: Bobby Charlton, Bobby Moore. Banks Taylor, George Best... Y también de ahora, claro está. Usted entre ellos. Vi su rostro en una de esas fotografías. Le reconocí en seguida.
—Ya veo. Pero no soy tan famoso. Sólo entre verdaderos aficionados, como su hermano Philip. ¿Es muy joven?
—Sólo doce años. También juega al fútbol y espera ser una gran figura.
—Es lo que pensaba yo a la edad de él. Pero no lo he conseguido.
—Oh, no diga eso —protestó la modelo—. Usted es un profesional conocido...
—Sólo soy un profesional más, no un superclase ni un ídolo. Es diferente.
—Supongo que sí. Yo tampoco soy Twiggy.
—¿Twiggy?—enarcó las cejas Talbot.
—La modelo —sonrió Shelley Grant.
—Oh, ya recuerdo. Pero ya no está en candelabro...
—Es igual. Fue famosa —ella suspiró, moviendo su cabeza, suavemente rubia. Ahora, a la claridad nocturna que se reflejaba en la nieve, parecía más joven, casi una chiquilla, a pesar de que era mayor que Gladys Stuart, sin duda alguna, pensó Talbot—. Yo soy una simple profesional que trata de hacerlo lo mejor posible, y nada más.
—¿Sabía usted que su amiga había matado a alguien? —preguntó de pronto Dean.
—¿Leilah? —la modelo se estremeció—. Dios mío, no. ¿Cómo iba a saberlo? Eramos amigas, pero de hacía poco tiempo. Me causó un efecto horrible saberlo... Matar a su propia hermana, aplastarla intencionadamente con su coche... sólo por celos. Resulta espantoso. ¿Cree que esa chica dijo la verdad?
—¿La criada, Muriel? —Dean asintió—. Estaba en trance y hablaba como bajo los efectos de un poder ajeno a ella misma o que posee de modo subconsciente tan sólo. No parecía fingir, o hubiera resultado una actriz insuperable.
—Esa clase de crímenes no pueden justificarse jamás. Pero el modo que tuvo de morir... como si se repitieran los hechos, pero sin tocarla nadie... Parecía algo de otro mundo. Talbot...
—Y posiblemente lo era —la miró fijo—. ¿Sabe que casi todos los presentes en este hotel son asesinos o al menos homicidas,

voluntarios o no?
—¿Por qué... por qué dice eso? —tembló, alzando la cabeza y mirándole con ojos angustiados—. ¿Cómo lo sabe?
—Algunos lo confesaron. A otros los citó Muriel en su trance. De otros casos... me enteré casualmente.
—Dios mío... Todos asesinos... ¿Usted también. Talbot?
—No. que yo sepa —negó Dean.
—¿Entonces...?
—De momento, soy el elemento inexplicable en este trágico puzzle. ¿Y usted?
—¿Yo? — Shelley Grant pegó un leve respingo—, ¿Yo... qué?
—¿Mató usted a alguien alguna vez?
—¿Cómo se le ocurre preguntar algo así? —mostró ella su horror en el pálido rostro alumbrado por el reflejo de la nieve.
—Eso no es una respuesta, señorita Grant.
—No tengo por qué contestarle, Talbot. Eso es una incalificable ofensa, una grave insinuación...
—No, no es nada de eso. Sólo era una pregunta. Vale la pena hacerla y responder con sinceridad. Tal vez eso nos lleve a alguna parte, antes de que sea demasiado tarde.
—Demasiado tarde... ¿para qué?
—Para detener la fuerza maligna que nos ha reunido aquí esta noche para rendir cuentas frente a los muertos.
—Los muertos... —ella tembló, y no era de frío, a juicio de Dean—, Qué cosas más horribles dice. No puede pensar seriamente que exista... una justicia de los muertos.
—No he dicho que sean justos. Sólo que puede que existan como seres vengativos. Ellos... o una fuerza que se ha desencadenado por motivos inexplicables aquí mismo, pero que lleva algún tiempo incubándose en la sombra, desde que nos atrajo a todos a este hotel, en el autocar de una empresa de viajes que no existe.
—¿Qué es lo que dice? ¿No existe la Arrow, donde contratamos este viaje?
—No, no existe —sostuvo él con firmeza—. Todo ha sido un oscuro y extraño complot de fuerzas misteriosas y ocultas que nadie logramos entender. Por eso le preguntaba si usted también había matado a alguien, señorita Grant.
Shelley Grant vaciló un instante. Luego, cada vez más pálida y temblorosa, acabó afirmando:
—Sí. Tiene razón. Talbot... Yo también... maté a alguien.
Dean iba a comentar algo, sin quitar sus ojos de ella, cuando de repente, dentro del hotel, sonó un agudo grito femenino.
Un grito de terror, de angustia, acaso también de muerte.
Dean Talbot reconoció inmediatamente el timbre de voz de aquella

mujer que gritaba. Una convulsión de infinito horror agitó su cuerpo.

—¡Dios mío! —aulló—. ¡Gladys Stuart! ¡Oh, no, *ella no...!* ¿Cómo no pensé antes...?

Y se precipitó hacia el hotel, ante la mirada sorprendida y asustada de Shelley Grant, la rubia y bella modelo.

CAPITULO VII

Cuando entró en el gran vestíbulo, una ráfaga helada pareció aterir sus miembros y congelar la sangre en sus venas.

Sus ojos recorrieron a todos los presentes, al parecer sobrecogidos, como él mismo, a causa del agudo grito femenino.

Gladys Stuart no estaba allí

—Ciclos... —jadeó roncamente—. ¿Y ella... la señorita Stuart? ¿Dónde está?

Los rostros siguieron indiferentes, revelando solamente terror. Al final, fue el conserje. Halsey, quien señaló con apatía hacia el fondo de la sala.

—La vi irse por allí no hace ni un minuto... —dijo bostezando.

Dean Talbot sufrió una convulsión. Sus ojos alucinados miraron hacia aquel punto.

El corredor oscuro del fondo. El camino hacia la cocina. Y hacia el cementerio viejo de atrás...

—No. no... —susurró—. ¿Por qué tuvo que hacerlo? ¿Por qué?

Echó a andar con rapidez en esa dirección. Todos se limitaron a mirarle, sin que nadie interviniera en la tensa situación. Shelley Grant entró tras él, con una ráfaga helada, y se apresuró a abrazarse a su amiga superviviente, la morena y menudita diseñadora. Susan McCoy, que la acogió tan asustada como ella misma.

Talbot avanzó resueltamente por el corredor. Apartó casi violentamente al deforme Rusty Woods, para llegar lo antes posible a la cocina. Miró adentro. Muriel, sentada ante la mesa, le miró asustada.

—¿Oyó ese grito, Muriel? —preguntó Dean.

—Si, señor —asintió la criada, medrosa.

—¿De dónde venía?

—De atrás... del huerto.

—El cementerio... —jadeó Talbot, furioso consigo mismo—. Debí pensarlo... ¿Por qué ha ido ella allí ahora? ¿Por qué?

Corrió a la desesperada, temiendo lo peor. Tal vez la bella muchacha, cuando él llegase, estuviese muerta, víctima del horror de más allá de la tumba que parecía haberse desatado en el siniestro hotel desde su llegada.

Pronto descubrió la pálida faz y los rojos cabellos de la muchacha. Respiró hondo. Con alivio. Se paró en seco. Su corazón golpeaba con furioso ritmo en su pecho.

—Ah, está usted aquí... —jadeó, tragando saliva—. ¿No le ocurre nada?

—No, nada... —susurró la pelirroja, mirándole con sus bellos ojos

verdosos.
—Pero gritó hace poco...
—Me asusté.
—¿Qué la asustó?
—Algo... No sé lo que era. Parecía... un fantasma.
—¿Un fantasma? ¿Dónde? —se puso rígido Dean, mirando a las tumbas casi cubiertas por la nieve, a las cruces abatidas y los trozos de lápidas rotos.
—Entre esas fosas... Era casi una simple sombra. Juraría que era un ser humano, pero en un instante desapareció, como si nunca hubiera existido...
Los ojos del joven deportista estudiaron las lúgubres formas del viejo camposanto, los reflejos fantasmales de las claridades blancas en la nieve. Meneó la cabeza, dubitativo.
—Pudo ser una simple impresión, un efecto de luz y de sombras... —aventuró.
—Sí, pudo ser —admitió ella con sencillez—. Lamento haberle alarmado. Soy una tonta.
—No, Gladys. No es ninguna tontería sentir miedo. Sé lo que es. Yo también estoy asustado.
—No lo parece —señaló ella, mirándole—. Le veo muy tranquilo, muy seguro... Parece el único en inspirar confianza en todo este horrible hotel, la verdad.
—Simple apariencia. Lo que sucede no puede dejar de aterramos a todos, amiga mía. ¿Por qué vino aquí?
—¿Al cementerio? Sentía curiosidad por verlo, eso es todo. Nunca me dieron miedo los muertos. Jamás creí que pudieran causar daño a nadie.
—¿Y qué piensa ahora?
—Que no puedo estar segura de que sea obra de ellos.
—No es obra del hombre, Gladys. Eso está concluyentemente probado. Nadie puede matar a distancia de ese modo, sin tocar a su víctima.
—¿Usted cree... en que hay vida después de eso? —señaló las cruces y lápidas significativamente.
—Nunca me lo pregunté seriamente. Ahora ya empiezo a pensar que sí.
—Pero nunca, hasta hoy, que yo sepa, los muertos salieron de sus tumbas para vengar lo sucedido tiempo atrás.
—Tal vez porque nada o nadie intentó que eso sucediera.
—¿Qué quiere decir? —había inquietud en los bonitos ojos de la muchacha.
—Ni siquiera yo lo sé a ciencia cierta. No soy un experto en cuestiones de ésas. Sólo he leído algo. Me pregunto si una

determinada fuerza no podría... mover a la Muerte contra los vivos. Es decir, convertir a los espíritus en una fuerza vengadora implacable y atroz.

—¿Qué clase de fuerza podría ser ésa?

—Lo ignoro. Escapa a mi entendimiento. Pero como existe la telequinesia, el espiritismo, la parapsicología, puede existir algo más poderoso y terrible. Algo de la oscuridad, de las tinieblas..., llámese diablo o como se le quiera llamar.

—¿Satanismo, brujería...? —sugirió Gladys, aproximándose instintivamente a él, como si de pronto un miedo helado surgiera de aquellas tumbas vacías para enroscarse viscoso a su cuerpo esbelto y atractivo.

—Algo así, tal vez.

—Pero para eso haría falta la influencia de alguien de este mundo, de algún ser vivo que moviera las fuerzas del Más Allá. Talbot.

—¿Alguien de este mundo? —se sorprendió de pronto Dean—, ¿quieres decir... uno de nosotros, por ejemplo?

—¿Por qué no? Una persona con ciertos poderes, capaz de atraer las fuerzas del Mal. de arrancar de cada ser difunto lo peor de sí mismo y materializarlo en forma de influjo o poder maligno...

—No se me había ocurrido tal posibilidad —los ojos de Dean brillaron excitados—. Es muy posible. Gladys, que haya usted dado con el dedo en la llaga. La agencia no existe, la reunión de todos nosotros en una macabra expedición hacia la muerte... Si, todo eso implicaría posiblemente la intervención de una mano *humana,* sólida, real, tangible..., que puede, por tanto, estar sujeta a error.

—¿Error? ¿Qué error?

—Se lo explicaré más tarde, Gladys. Lo cierto es que pudo suceder así. Se nos trajo aquí porque alguien podía desencadenar en un lugar como éste el horror mortal que ya ha comenzado, con ayuda de fuerzas desconocidas situadas más allá de la vida. Y reunió de tal modo a todos los culpables de un homicidio o asesinato...

—¿Homicidio? ¿Asesinato? —tembló ostensiblemente la joven, sin que él dejase de mirarla con fijeza.

—Eso dije, si —afirmó él, rotundo, sin pestañear—. Lo sé todo. Gladys: la señora Edna Powell... y su herencia. Todo.

Le tendió el recorte. A la muchacha pelirroja se le nublaron los ojos. Vaciló y Dean la tomo por los brazos, temiendo que se desplomara en la nieve.

Sin embargo. Gladys se rehízo, y hasta se atrevió a mirar directa a los ojos de Talbot, rechazando su ayuda.

—¿Usted cree eso? —preguntó.

—No he dicho tal cosa. Le he mostrado un viejo recorte de diario. Fue un hallazgo casual. No puedo emitir juicio alguno, ni es asunto

mío hacerlo. Sólo le dije que conocía lo sucedido con su antigua señora.

—Ella estaba enferma. Se equivocó al servirse la medicina y sobrepasó la dosis. Le provocó un colapso. Yo nunca le causé daño alguno. Al contrario. Decía que era su mejor amiga y colaboradora. No tenía familia. Fui solícita y afectuosa con ella. Nunca imaginé que me nombrará su heredera sin yo saberlo. Ni que esa noticia, tras su muerte, me provocaría tantos problemas.

—¿La juzgaron por ello?

—Sí —apretó ella los labios.

—¿Y...?

—Absuelta. Con todos los pronunciamientos favorables —lo miró altiva—. Pero eso no significa nada. Siempre quedan dudas en la gente. Sólo mi conciencia está tranquila. No hice nunca daño a nadie.

—Entonces.... ya se han cometido aquí dos errores.

—¿Dos? ¿Qué errores?

—Usted y yo —sonrió Talbot. Somos inocentes. Nunca matamos a nadie.

—¿Quiere decir... que los demás *si* han matado a alguien? ¿Todos ellos?

—Eso parece. Muertes distintas, motivos diferentes, circunstancias diversas. Pero hay una responsabilidad criminal en todos los casos, estoy seguro. Al menos, en lo relativo a los viajeros. De los de la casa, incluida Muriel y el mozo contrahecho, no puedo saber nada de nada... Acaso sólo forman parte del escenario elegido por esas fuerzas siniestras que alguien ha liberado.

—Me asusta usted. Vivimos entre asesinos.

—Nunca mejor dicho, Gladys. Entre asesinos. Pero quien provocó esto, cometió dos errores: el suyo es comprensible, porque se basó en unas acusaciones y dudas que usted cita. En cuanto a mí, no logro entender cuál es mi papel en esto, ni por qué fui elegido para formar parte de la trágica expedición.

—Pero si los del Más Allá han de vengar sus muertes, yo nada tengo que temer. Nadie mejor que la pobre señora Powell, esté ahora donde esté, para saber con cuanto cariño y fidelidad la serví como secretaria y amiga.

—Cierto. Si la voluntad de los muertos es la que cuenta, usted está a salvo. Pero ¿y si esa supuesta voluntad sólo está al servicio de una mente maligna, como en el caso de los *zombies* de Haití, por ejemplo? Un zombie no piensa, no siente. Es un cadáver que anda. Le mueve la voluntad de otro ser vivo.

—Dios mío... —de repente, Gladys Stuart debió sentir un profundo terror a todo aquello, porque se abrazó de un modo instintivo a Talbot,

como buscando protección en el fornido joven—. Ahora empiezo a asustarme de verdad... Vámonos de aquí, se lo ruego, Talbot...

—Sí, vamos —asintió él pensativo, tomándola de ambos brazos con afecto y firmeza, para iniciar el regreso a la mansión sombría donde la Muerte estaba presente, casi tangible ya.

De pronto se paró en seco. Sus ojos se clavaron penetrantes en la blanca alfombra de nieve que cubría el pequeño y olvidado cementerio. Gladys dentó notar la crispación de sus dedos sobre su propia carne y la repentina tensión de sus músculos y tendones, porque alzó el rostro alarmada, mirándole con temor.

—¿Qué..., qué sucede?—jadeó.

—Esa sombra... Gladys, yo también acabo de verla —afirmó el futbolista con voz lenta.

—Dios mío, vámonos pronto... —sollozó ella.

—No. No nos vamos aún. Esa sombra... pareció hacerme un gesto con la mano. Me..., me llamaba...

—¡Por favor, no haga caso...! —sollozó Gladys, aferrándose patética—. ¡Vámonos de aquí, este lugar está maldito...!

—Era una sombra delgada... Se perdió tras aquella lápida rota que emerge en el ángulo del cementerio... —silabeó Dean, todavía fija su mirada en el punto donde una nebulosa forma había flotado poco ames, con apariencia totalmente humana, moviendo lo que parecía *un brazo* en dirección a el, como atrayéndole, implorándole algo...—. Vamos, no tema nada. Ya conmigo. Y si es inocente, como dice, nada hay que temer. Veamos qué fue eso y volveremos luego al hotel.

Casi tuvo que tirar de ella a viva fuerza, a través de la espesa nieve, hasta el punto donde había creído ver la sombra fugaz, perdiéndose tras una vieja cruz abatida.

Una vez allí, Dean Talbot buscó con la mirada en torno. No vio nada. Pero la nieve pareció haber sido barrida de encima del trozo de lápida, como por una mano invisible. Se agachó, sin soltar a la aterrorizada muchacha.

Sus ojos sorprendidos leyeron una inscripción en la piedra marmórea, manchada de musgo y de suciedad de años.

Leyó:

> «Aquí reposa Philip Hoggart. Murió el 11 de mayo de 1966, a los nueve años de edad, víctima de un lamentable accidente de carretera. Descanse en la paz del Señor.»

—Philip Hoggart... —repitió Dean en voz alta—. Muerto hace más de tres años. Ahora tendría doce...
Ese nombre.... ese apellido. Los he oído antes, pero no puedo relacionarlos entre si... Hay algo raro en todo esto...

Gladys le miró sobrecogida. Luego leyó también la inscripción.

—Ustedes mencionaron lo que dijo Muriel durante su trance —comentó la joven—. Ella nombró a alguien llamado Hoggart... Era Nelly, ¿recuerda? Nelly Hoggart, la sobrina de aquel hombre que murió primero. Ray Mansfield... La que pareció llamar por teléfono cuando llegamos...

—¡Nelly Hoggart! —repitió Dean—. Es cierto... Pero nadie habló de un hermano llamado Philip..., que yo sepa. ¿O tal vez sí?

—No. no oí nada de eso en ningún momento —confesó Gladys—. ¿Nos vamos ya?

—Espera —silabeó Dean—. ¿Ve eso, tras la lápida rota?

—¿Qué?

—Parece haber un hoyo... Es el acceso a una cripta subterránea.... donde estuvo enterrado el niño Philip... Donde tal vez esté aún...

—Oh, por favor, vámonos... Siento algo helado y horrible en este lugar...

—Yo también. Y algo que no es la nieve... —los ojos de Dean se mantenían fijos en aquel hueco que entreveía bajo la lápida y la nieve—. Por ahí.... por ahí pareció desvanecerse aquella sombra... Tal vez quiso decirme algo... Tal vez me llamaba a alguna parte bajo esa lápida...

—¡Oh, no, no! —se exasperó Gladys, angustiada—. Eso no... No podría soportarlo. No vaya. No me deje sola...

—No pienso hacerlo. ¿Usted, Gladys, no entraría conmigo?

—¡No! ¡Nunca! —los ojos pardos hermosos, reflejaban horror—. Por nada del mundo bajaría a esa cripta. Yo...

En ese momento, algo a su espalda, un súbito resplandor rojo, les hizo volver la cabeza con asombro. El terror se apoderó de ambos. Pero era un terror nuevo, físico, directo.

¡El hotel Hangman estaba ardiendo!

Las llamas brillaban en su interior con fulgores de infierno, y comenzaban a brotar por la puerta del corredor, en dirección al cementerio, llenando de resplandor rojizo la blanca nieve acumulada. Del interior del edificio en llamas empezaban a brotar gritos de pánico. Pero nadie salía por aquella puerta, bloqueada por las crecientes llamas.

CAPITULO VIII

Era un fuego extraño, fantasmagórico.

Los ojos fascinados de Talbot contemplaban aquel resplandor que parecía, ciertamente, el reflejo mismo de las llamas del mismo infierno, brotando por misterioso influjo hacia la superficie de la Tierra, para devorarlo todo en un holocausto final alucinante, en un sacrificio supremo donde los seres condenados sufriesen por la eternidad en el fuego eterno de Satán.

Sobrecogida, temblorosa, Gladys Stuart se abrazaba desesperadamente a su joven y atlético acompañante, sin poder desviar sus ojos atemorizados de aquel espectáculo dantesco, increíble por su propia magnitud y celeridad al propagarse.

—¡Ese fuego, Talbot! —sollozó—, ¡No parece *real!* ¡Arde todo a la vez, por todas partes, como si la casa y las personas todas fueran rociadas previamente con un combustible superior a todos los demás!

—Sí, Gladys —afirmó él roncamente, apretándola contra sí—. Y posiblemente no existe ahí un ápice, de ese combustible capaz de convertir el edificio en una pira llameante y terrible...

Allá, en el iluminado marco de la puerta trasera, cuerpos humanos en inútil y desesperada fuga, pretendían salir al exterior, hallar al aire libre, bajo los helados copos de nieve *y* en el blanco manto del pequeño cementerio, un alivio a su indescriptible dolor, a su crispada agonía.

—No... No podemos hacer nada por ellos... —jadeó el deportista con desesperación, mirando a Gladys, que formaba con él una compacta fusión de cuerpos—. ¡No podemos ni siquiera intentarlo!

Las formas humanas se agitaban y retorcían en aquel marco llameante, recordando una macabra danza más allá de la vida, para luego desmoronarse, hechas pavesas, cenizas, cuerpos consumidos por un fuego que no era de este mundo.

Los muros del hotel empezaban a crujir, agrietándose bajo los efectos del intenso calor, anunciando su inminente derrumbamiento. Y nadie aún, absolutamente nadie, ni de sus huéspedes ni de sus empleados, había surgido al exterior, a la nieve, buscando la salvación.

Todos se quedaban dentro. Absolutamente todos. Como almas condenadas de modo irremisible.

Un alarido lejano, desgarrador, hirió los tímpanos de ambos jóvenes, entre los chasquidos acres de aquellos viejos muros, acaso malditos desde mucho tiempo antes de llegar ellos en el autobús de la inexistente compañía de viajes Arrow.

Era la voz de Muriel, la criada visionaria. La vidente que agonizaba,

que se hundía con todos los demás en el caos llameante. Ni siquiera el contrahecho e inquietante Rusty Woods llegó a asomar a aquella puerta que parecía ser la última, definitiva salvación posible.

Luego, tras el grito desesperado de Muriel, todo se vino abajo.

Talbot tuvo que saltar atrás, golpeando con Gladys el muro viejo del fondo del cementerio, cuando la masa vetusta de la edificación se empezó a desmoronar, en impresionante apocalipsis, dejando escapar hacia el nublado cielo lenguas rojas de fuego furioso, como si el infierno aún no se sintiera satisfecho del sacrificio humano inmolado entre sus llamas por una fuerza satánica y oscura, capaz de disponer de la vida y de la muerte.

—Dios mío... —sollozó Gladys, ocultando el rostro contra el pecho de él—. Dios mío... Es horrible... Es horrible. Talbot.

El asintió, sin fuerzas para articular palabra. Las paredes, la techumbre, todo el hotel era ya una informe masa de escombros, entre chisporroteo de pavesas que volaban por los aires y que sólo la nieve y el frío de la noche impedían proseguir su vuelo abrasador hacia Dean Talbot y su joven acompañante.

La nieve, en esos momentos, se convertía para ellos en mágico y limpio protector, en una fuerza noble y bondadosa que les preservaba de la catástrofe. Nieve y fuego. Bien y Mal, pensó Talbot. Luz y sombras, Dios y el Diablo tal vez...

—Señor, gracias... —susurró, elevando los ojos al ciclo oscuro, sombrío y, sin embargo, amistoso y benéfico para ellos dos. al derramar generosamente fa nieve que extinguía la ardiente amenaza.

Y era tal el calor ahora, que hasta la nieve se iba derritiendo bajo sus pies, convirtiéndose en un sucio y espeso fango resbaladizo, como una simbología viva. Como si el contacto hediondo y obsceno de unas manos perversas, surgiendo de las sombras de la Muerte, lograse profanar y ensuciar la blancura de todo lo noble. lo hermoso y lo divino.

—Vamos... —murmuró Talbot al oído de ella—. Creo que no tenemos ahora otro remedio que ocultar nos en la cripta. El calor empieza a ser irrespirable y el aire está lleno de cenizas *y* humo. Ahí bajo, segura mente el clima, por frío e inhóspito que resulte, será más soportable para nosotros.

Era tal el terror de Gladys, que esta vez ni siquiera tuvo fuerzas para oponerse. Dócilmente, bajó con él a la cripta entrevista por la rota lápida. Se comprobó que Dean tenía razón.

Unos angostos escalones, cubiertos ahora de humedad y musgo, aparecieron bajo sus pies y, tras descender cosa de una docena de peldaños, se encontraron en alguna parte oscura y bastante amplia, con el inconfundible hedor a abandono, a cerrado, a humedad intensa.... acaso de muerte.

—Creo que aún llevo un encendedor en algún bolsillo —musito la voz de Dean en la sombra—. Veamos dónde nos hallamos exactamente.

Prendió la llama al hallar el encendedor de gas. La mantuvo unos instantes encendida, para no consumir la totalidad del escaso combustible contenido en el depósito.

Gladys se aferró a él todavía con más terror, como si la vecindad de la muerte provocase en ella un pánico superior a la presencia del fuego misterioso que aniquilara el hotel y sus ocupantes en menos de cinco minutos.

—Oh. Talbot... —la oyó gemir—. Es un sepulcro...

—Claro. No podía ser otra cosa. Una cripta. La de ese niño. Philip Hoggart. Y ésa es sin duda su tumba.

Señalaba hacia un muro, donde ambos habían visto un sarcófago de mármol herméticamente cerrado, dentro de una oquedad alargada del fúnebre muro. Era el único en el recinto, evidentemente.

—¿Por qué lo enterrarían aquí? —se preguntó Dean en voz baja, tras volver a prender su encendedor y comprobar que el nombre del niño y la fecha de su muerte figuraban en efecto sobre el mármol. ¿Y dónde fue sepultada Nelly, su hermana o pariente asesinada por Ray Mansfield?

El misterio no iba a resolverse porque él hiciera preguntas a la nada y optó por esperar mejor ocasión. Descubrió, a la débil llama del encendedor, la existencia de unos candelabros con velas y de una Sagrada Biblia, ante un crucifijo de hierro, en otro muro de la cripta subterránea. Alzó la cabeza al oír gotear algo en el silencio profundo del recinto funerario. Gladys miró hacia arriba también, asustada.

—No es más que agua —suspiró Talbot—. La nieve se derrite *y* cae a la cripta, eso es todo.

Encendió una de las velas, para no consumir antes de tiempo el encendedor. Con aquella llama, pudieron examinar mejor el recinto donde se hallaban. Había hornacinas para otros cuerpos que ya nunca serían depositados en el cementerio abandonado. Pero no existían más féretros que el del niño Philip.

—Quedan cinco velas más por prender —comentó Dean—, Eso significa que nos sobra luz hasta que llegue el día.

—Y cuando llegue el día..., ¿qué? —susurró Gladys, angustiada.

—Tendremos que salir de aquí como sea. El resplandor del incendio habrá sido visto en muchas millas a la redonda. Aunque los caminos sigan impracticables por la nieve, es posible que cuando claree envíen un helicóptero a investigar esta zona. Si eso sucede, les haremos señas para que nos rescaten. No hay nada que temer, Gladys, de modo que estamos salvados.

—¿Usted cree, Talbot? —dudó ella.

—Nos libramos del incendio, ¿no? —sonrió él, tratando de animarla, aunque también interiormente tenía sus dudas—. Eso significa algo. No son nuestras almas las que habían de consumirse en el fuego de la condena eterna.

—¿Cree de veras que ese fuego... procedía de los mismos infiernos, que era obra de ese poder maléfico que se abate sobre este lugar?

—Creo, cuando menos, que ningún fuego normal se extiende con tal rapidez. Es como si algo o alguien nos hubiera apartado de ahí en ese instante justo, y sólo los sentenciados fueran sacrificados en las llamas. Nosotros dos. Gladys: el doble error de ese poder oscuro... Los que no tenemos culpa de nada.

Ella no dijo nada. Seguía aferrada a su brazo, como si la sola idea de interrumpir su contacto físico con Dean Talbot fuese una circunstancia demasiado horrible para imaginarla siquiera.

—¿Qué es eso? Seguía aferrada a su brazo, como si la sola idea de interrumpir su contacto físico con Dean Talbot fuese una circunstancia demasiado horrible para imaginarla siquiera.

—¿Qué es eso? —preguntó de pronto Dean con voz tensa, sobresaltándola.

—¿El qué? —tembló Gladys, mirando a todas partes con vivo terror.

—Esas grietas en el muro... —señaló Talbot hacia un punto concreto—. Son regulares. Dos verticales, unidas por otra horizontal. Parecen formar... una puerta.

—Una puerta... ¿hacia *dónde?* - musitó ella.

Talbot optó por no contestarle. No se le ocurría nada. Y si imaginaba o sospechaba algo, era demasiado inquietante para consultarlo con ella. Pero notó un frío hormigueo en su espina dorsal, y la sensación de que los cabellos de su nuca se erizasen un momento.

—No podemos saberlo si no intentamos descubrirlo —sonrió el, sereno el semblante.

—Oh. no, no —se asustó ella—. Ni lo piense, por el amor de Dios. No podría soportar más miedos ni terrores esta noche...

—No tiene por qué haber nada terrible ahí. Posiblemente sea un pasaje que conduzca bajo tierra, fuera de este cementerio. Vale la pena intentar comprobarlo, por si ello nos aleja lo más posible de las ruinas del hotel, del calor, el humo y el aire sofocante del incendio. Y también de todo lo que ello significa.

—Pero esto es una tumba, Talbot. No puede conducir a ningún sitio bueno...

—¿Por qué no? Nadie nos ha causado daño dentro de ella. Sigo pensando que los muertos siguen siendo inofensivos en sus tumbas,

mientras no exista una fuerza ajena a ellos que los mueva y conduzca hacia una nueva meta, como hacen los brujos del *vudú* con los espíritus y con los *zombies.* Philip, el pobre niño, sigue ahí. Sepultado, en reposo eterno. Tal vez rota su hermosa vida infantil por esa tragedia, cuando sólo podía sentir afecto hacia tas cosas de este mundo y amor hacia los seres humanos y los animales. Tal vez sus sueños de niño eran como los de todos. Como lo fueron los míos o los suyos. Gladys. Quizá anhelaba dar un día patadas a un balón en un gran estadio, como yo lo soñé tantas veces, o coleccionaba a sus ídolos del de porte y de... ¡Cielos, *no!*

De repente, Dean Talbot había palidecido violentamente, clavando sus ojos dilatados en el sarcófago de mármol del niño. Gladys, aterrada, pensando que algo sucedía, exhaló un grito ronco y se aferró a él.

—¿Qué... que sucede ahora? —sollozó.

—No, no sucede nada. Gladys —la calmó él—. Es que, de repente, he recordado algo...

—Recordado... ¿el qué? ¿Por qué se ha sobresaltado tanto?

—Porque alguien me habló no hace mucho de un niño llamado Philip, que coleccionaba cromos y fotografías, que soñaba con ser futbolista y que tenía mi imagen entre las de otros muchos, cuando yo empezaba a ser conocido entre los aficionados...

—¿Y qué puede significar eso? Todos los niños tienen ideas parecidas...

—Pero aquel niño Philip tendría hoy *doce* años, según la persona que me lo mencionó. *Y* lo citó *como si todavía estuviese vivo*.

—Entonces, no podía ser el mismo Philip... Es un nombre corriente, Talbot...

—Sí, pero hay algo siniestro en todo ello. Un hermano llamado Philip, que de vivir tendría ahora doce años... la misma edad que tendría ese infortunado niño sepultado ahí... Un Philip hermano de Nelly Hoggart, la sobrina asesinada de Ray Mansfield... Pero ella no citó para nada a los Hoggart. Dijo que era *su* hermano...

—*¿Ella?* ¿Quién?

La hermana del Philip que me fue mencionado... Una de las huéspedes del hotel... De vivir aún Nelly Hoggart, hubiese hablado así a su hermano. Pero de estar *muerta* Nelly, como lo está ahora, hablaría de su hermano considerándole *vivo...* del modo que ellos entenderían esa «otra vida»...

—Dios mío, Talbot, ¿qué quiere sugerir con esas horribles palabras? ¿Que la persona que le habló del niño Philip... *estaba muerta?*

—Sí asintió con sobrecogedora sencillez Dean Talbot, muy pálido, con expresión tensa, la mirada perdida en el vacío, recibiendo en su

rostro las luces y sombras de la vela encendida—. Eso es, exactamente, Gladys. Usted ha puesto el dedo en la llaga. Esa mujer *no era un ser vivo.* Por eso habló así de Philip... No era sino la encarnación viviente de un ser muerto ya hace tiempo... Ella, la modelo de alta costura Shelley Grant... creo... creo que ES NELLY, la sobrina de Ray Mansfield... ¿Recuerda, que se nos dijo, que Nelly practicaba extrañas aficiones como parapsicología, estudios sobre satanismo y ciencias ocultas? ¿Quién nos asegura que la niña al morir a manos de su perverso y obsceno tío, no liberó de su cuerpo un alma entregada a las fuerzas del Mal, para sobrevivir a la muerte física y ser el hilo conductor de estos horrores?

La llama de la vela osciló, como sacudida por un helado viento llegado de más allá de la tumba, y un chirrido escalofriante, a espaldas de ambos, provocó el terror *y* el grito ronco en labios de Gladys Stuart. Ella se volvió, abrazada a Dean, al tiempo que éste también clavaba sus ojos en las rendijas de la cripta, convertí das ahora en una puerta de piedra que giraba sobre sí misma, en torno a oxidados goznes, para mostrar ante ellos la presencia misma de la Muerte, en su más espeluznante expresión.

—Sí —dijo una voz ronca, profunda, de ultratumba, emergiendo de aquel espantoso esqueleto viviente, envuelto en jirones de un blanco sudario femenino que dejaba ver los huesos descarnados y la putrefacción de sus tejidos todavía existentes, a través de sus desgarros—. Has acertado, Dean Talbot. Yo soy Nelly Hoggart. Ya no necesito el cuerpo calcinado de Shelley Grant para vivir dentro de ella... Vengo ahora a por vosotros dos... que ya jamás saldréis de aquí.

Y sus ojos vacíos, de profundas y negras cuencas, se clavaron en la joven pareja. Gladys ni siquiera gritó ya. Se desplomó inconsciente en brazos de Talbot.

CAPITULO IX

Más allá de la puerta, la negrura era húmeda, fría y viscosa. Parecía adherirse a la piel, enroscarse al cuerpo como algo animado, sutil y espeluznante. Pero la voz de ultratumba, hueca y lúgubre, que brotaba de entre aquellas mandíbulas descarnadas, del vacío espantoso de una simple calavera sostenida por los hombros del esqueleto cubierto de jirones harapientos, de ropas podridas por el sepulcro, le había ordenado avanzar, entrar en las tinieblas.

Y Dean Talbot, con la inconsciente Gladys en brazos. no podía hacer otra cosa que obedecer. No hubiera sabido reaccionar de otro modo. Era la misma Muerte quien le daba órdenes. Acababa de entrar en el reino de los muertos.

Más allá de la puerta, sólo el espectro de Nelly Hoggart sabía lo que podía haber. El, no. Pero sabía que, cuando menos, avanzaba hacia la solución final, hacia su propio destino y el de Gladys. Y que no podía hacer otra cosa. ¿Cómo rebelarse contra el poder oscuro que venía de más allá de la vida, de lo desconocido? ¿Hubiera servido de algo? ¿Se puede destruir lo que ya está destruido, se puede matar a quien ya está muerto?

—Detente —sonó la tétrica voz de Nelly, cuando llegaba a un determinado punto de las sombras y sus ojos, habituados a éstas ya, empezaban a adivinar contornos y formas en la profunda oscuridad—. Ya hemos llegado.

—¿Adónde? —preguntó Dean Talbot con voz ronca.

—Al fin del camino.

—El fin del camino... —repitió Talbot con un suspiro. Era extraño, se dijo, pero ya ni siquiera sentía miedo. Aquello estaba por encima de todo eso—. ¿Qué clase de camino y qué clase de final, Nelly? Yo no te causé nunca daño alguno. Tampoco Gladys Stuart. Es más, somos inocentes de todo delito. Fue un error traernos aquí.

—Yo no cometo errores —retumbó la voz de la difunta—. Los que hemos muerto, Talbot, no podemos equivocarnos, porque ya lo sabemos todo...

—Y. sin embargo, dos inocentes, cuando menos, estamos aquí.

—Shelley Grant cometió el error. Ella era nuestro contacto con la vida, el otro yo de Nelly Hoggart. La utilicé a ella, porque Shelley era, como yo, satanista. Sólo que ella tenía vida humana y yo no. Al morir a manos de mi obsceno tío Ray, supliqué a los poderes de las tinieblas regresar para hacer justicia. Invoqué a los muertos que ansiaban vengar sus penas, a quienes querían hacer justicia sobre sus asesinos. Todos se levantaron de sus tumbas para ayudarme. El poder de Satán me acompañaba más allá de la muerte, puesto que suya era ya antes de morir asesinada. Un día, apareció Shelley Grant,

la modelo de alta costura. Ella también prosperaba gracias a sus cultos y ritos satánicos. Su alma tampoco le pertenecía ya. Encontré fácil acomodo en su interior, obtuve así una mente y un cuerpo a mi servicio. Ella y yo hemos sido una misma cosa, una misma persona y voluntad, durante todo este tiempo. Y ella, como ser humano aparentemente normal, lo planeó todo. La agencia de viajes, las invitaciones, los viajeros del autobús averiado... Y la avería. Y la llegada a un hotel donde esas gentes siniestras que lo habitaban, habían ya asesinado a muchas personas, enterrándolas aquí, en este viejo cementerio olvidado.

Philip, mi hermano, fue una de esas víctimas suyas.

—¿No fue un accidente?

—No, claro que no. Ellos, el administrador Conway, el conserje y los dos sirvientes, formaban un buen equipo de asesinos. Desvalijaban a viajeros solitarios, y cuando no había otro remedio, fingían un accidente. Por eso Shelley eligió el lugar y las personas adecuadas para compartir la suerte de los demás.

—Pero Shelley se equivocó dos veces: una, con Gladys Stuart. Otra, conmigo.

—Ya te he dicho que Shelley era humana y *vivía.* Los que viven, cometen errores. Pensó que Gladys Stuart era culpable. No, no lo era. No mató a su vieja señora. Esta murió por error en su dosis de medicina. Error propio, se entiende.

—Me alegra saberlo. Nelly. ¿Y yo? ¿Por qué estoy aquí?

—Lo ignoro. También lo ignoraba Shelley. Ella *no* te invitó —fue la sorprendente respuesta de Nelly—. Ningún Dean Talbot figuraba en su lista.

—Entonces... no lo comprendo.

—Tampoco *yo.* Pero estáis aquí. Habéis penetrado en lo desconocido, en aquello que no debíais de saber jamás. Eso os sentencia.

—¿Sentenciarnos? ¿A qué? —por primera vez acaso, desde que el espantoso espectro de Nelly apareciera ante él, Dean sintió realmente terror, y notó un helado sudor en su epidermis—. No es justo condenar a quien nada hizo...

—Mi señor de las tinieblas así lo dispone. Sabéis demasiado. Habéis atravesado la frontera de lo permisible, habéis llegado a rozar con vuestros dedos el reino mismo de nosotros, los muertos. No sufriréis daño. No seréis dañados ni padeceréis tormento alguno. No habrá dolor en vuestro final. Pero será el final. Os quedaréis entre los muertos. Para la eternidad.

—Eso no es posible rechazó Talbot—. Sólo estando muerto se puede vivir entre cadáveres, entre despojos humanos como tú, Nelly Hoggart. Por muchos que sean tus poderes en la muerte, sigues siendo lo que eres: un cadáver que se pudre, que pronto se dispersará en huesos sueltos irremisiblemente.

—Pero el poder de mi amo y señor seguirá en mi —rechazó la voz de Nelly, desde la negra oquedad de su vacio interior—. Y él podrá reconstruir esos huesos y enviarlos contra los seres vivientes cuando así lo desee...

—Contra el poder del Diablo está el de Dios, Nelly. Contra lo maligno está lo benéfico. No puedes vencer nos si Dios está conmigo.

—Estás en un error. Nadie te salvará de esto. Estás ya fuera de su alcance. Sólo nosotros, los que servimos a Satán, podernos ahora

decidir vuestra suerte. Y ya está decidida. Este reino de oscuridad, de frío y de silencio, será vuestra morada eterna. Cuando mis manos se apoyen en vuestros hombros, cuando mi boca sin labios bese las vuestras un instante, todo se habrá cumplido. Es el beso de la Muerte. Es el sello de vuestro destino. Por mucho que implores o invoques a Aquel en quien tú crees, no vendrá a por ti para salvarte...

Y el espectro huesudo y atroz de Nelly, se movió hacia él y hacia la inerte Gladys, con lentitud inexorable, como la más espantosa sentencia que se podía imaginar. Una sentencia a punto de cumplirse...

Dean aún quiso defenderse, tener un rasgo de valor y rebeldía contra aquella escalofriante sentencia. Miró angustiado en derredor. Sólo féretros y nichos en la tierra húmeda eran visibles en aquella especie de catacumba o secreta cripta destinada, sin duda, a las víctimas de los siniestros moradores del hotel Hangman.

Dentro de aquellos huesos o de aquellas viejas cajas herrumbrosas, estaba seguro de que una legión de callados, inmóviles cuerpos humanos, esperaban que Nelly, el muerto que disfrutaba de una segunda vida por sus pactos con los poderes de la Oscuridad, les llevase para la eternidad dos jóvenes vidas convertidas, acaso, en simples seres ni muertos ni vivos, sino simples prisioneros de un alucinante mundo de silencio, oscuridad y hediondez.

—¡No! —clamó Talbot, alzando sus brazos hacia Nelly, con ojos dilatados—. ¡No podrás hacerlo, Nelly Hoggart! ¡No podrás, porque ahora sé la causa de mi presencia aquí! ¡Yo no soy el fruto de un simple error! ¡Algo o alguien, más fuerte que tú y tu siniestro aliado infernal, me situó entre todos vosotros para salvar a alguien que no merecía sufrir tan terrible suerte, y ese alguien era Gladys Stuart! ¡Sólo Dios pudo ponerme en vuestro camino! ¡Sólo la voluntad de Dios pudo elegirme como humilde instrumento para impedir que el Mal ganase su baza!

—No sabes lo que dices —una risita hueca brotó de las mandíbulas descarnadas del esqueleto, que siguió avanzando, con sus huesudas manos alargadas hacia ellos como símbolo del horror que representaba aquella forma delirante.

Y entonces, a espaldas de Nelly, se dibujó lentamente una sombra luminosa, el perfil de un cuerpo que se movía, que parecía venir, en espectral paseo, de alguna parte de la cripta exterior.

—Dean Talbot tiene razón, hermana Nelly —sonó una suave, dulce voz infantil, que pareció flotar en el negro recinto de la muerte con melodiosa ternura—. Yo estoy aquí para ayudarle...

El esqueleto envuelto en jirones se detuvo en seco. Su espantosa cabeza se volvió lentamente, y las negras cuencas vacías tenían un

mortecino brillo cuando se fijaron en la silueta humana de infantiles contornos.

—¡Philip! —gritó con un aullido ronco—. ¡Philip, hermano! ¿Qué haces tú aquí?

—Yo estoy tan muerto como tú, Nelly. Pero mi cuerpo descansa en la paz del Señor, porque al sentirme morir recé a Dios y creí en El con más fuerza que nunca... —la voz de Philip, el niño, surgía de aquella silueta luminosa, evanescente, que flotaba ante ellos—. No puedo unirme a ti ni a tu espantosa orgía de sangre y muerte, porque los muertos perdonamos. Tú estás maldita, Nelly Hoggart. Cuando dejaste la vida, lo hiciste envuelta en juramentos, blasfemias y odio. Habías entregado ya tu alma a Satán, y él hizo de ti el objeto de su obra. Siguiendo esa obra, terminaríais por salir un día de vuestras tumbas y acabar con los seres vivientes. Y eso no puede permitirlo mi Señor, porque en Su obra, están bien delimitados los destinos del hombre, cuando vive o cuando muere. Y la muerte es paz eterna, no odio por una eternidad, Nelly. Si, *yo elegí* a Dean Talbot para combatirte...

—Tú, Philip, muchacho... —jadeó Talbot, estremeciéndose—. Pero ¿por qué a mí? No valgo nada, no puedo luchar contra' ciertas cosas... Ni siquiera me conocías, salvo por una fotografía o un cromo...

—Te equivocas, Talbot —la voz infantil de ultratumba era ahora risueña, casi afectuosa—. Tú no puedes recordarlo. Yo, si. Pocos días antes de morir, junto con mi acompañante, en un falso accidente provocado por los habitantes del hotel para robarle el dinero a mi compañero y tutor, había estado en un estadio de fútbol, viendo un partido donde tú jugabas. Marcaste varios goles y fuiste el héroe. Yo fui a verte a la salida y te- pedí un autógrafo. No sólo me firmaste el autógrafo, sino que me diste tu camisa firmada, y acariciaste cariñosamente mi cabeza, asegurando que si me gustaba el fútbol, algún día sería un gran jugador. Aquella fue la mayor ilusión de mi vida, Talbot... Pocos días después, estaba muerto. Mi último recuerdo en vida, fue para ti, para la camiseta firmada... y para Dios después.

—Cielos... —susurró Talbot, sobrecogido—. ¿Cómo podía yo recordar...?

—Pero yo sí recordé. Y en esta vida eterna de ahora, pedí al Señor que Nelly no triunfase sobre los vivos, llevando a cabo sus perversos designios. Y pensé en ti para paladín de mi causa. Lo demás, es obra del Señor. El me escuchó Y El, sin duda, trazó tu destino a su modo y manera, Talbot... Ahora, es posible que tengas en tus manos la solución de todo. Así me lo sugiere el Señor. Ten valor. Talbot. Ten valor y fuerzas. ¡Destruye a Nelly, porque ella es ahora el propio poder de Satán!

La sombra luminosa se diluía ya. Dean Talbot tragó saliva. Apretó los labios. Nelly se movía de nuevo hacia él. Sus huesos destacaban, siniestramente blancuzcos en la oscuridad con hedor a muerte y a fría humedad. Las manos descarnadas se agitaron en el aire, cerca de su rostro, con helado roce...

Y entonces, Dean Talbot musitó entre dientes unas pocas palabras:

—Señor, Dios mío, permite que se cumpla mi destino en todo esto... Por Philip y por todos nosotros... dame fuerzas, ilumina mi espíritu y mi mente para vencer el Mal. Señor, te lo ruego...

Y levantó sus brazos, movido por una fuerza desconocida que le impulsaba a ello. Los cruzó ante Nelly Hoggart en aspa. Ella retrocedió vivamente. Las manos huesudas cayeron. Un grito ronco escapó de la calavera.

Dean comprendió. Algo tan viejo como el mundo. Estaba en los viejos exorcismos, estaba en los relatos de vampiros y de endemoniados...

La Cruz.

Sus brazos en aspa, evocaban la forma de la Cruz. El símbolo del Bien.

Pero no era sólo eso. Ahora, otra fuerza envolvía sus brazos. Notó que éstos casi no le pertenecían. Que se hacían repentinamente luminosos, que despedían destellos. como si ardiesen con un fuego irreal que no lo graba siquiera calentar su piel helada. Un fuego azul blanco, cegador, que todo lo inundó, llenando de claridad deslumbrante el lúgubre recinto de la muerte...

Nelly esta vez gritó con tono desesperado. La luminosidad se extendió a sus ropas, que parecieron arder de pronto en un fuego extraño, fantástico e irreal. Alrededor de ellos, sonaron lejanas voces, cánticos sepulcrales, como un remoto *miserere* por las almas condenadas.

Y, de pronto, el espectro huesudo y aterrador de Nelly, la endemoniada, se disolvió en la sombra, en la nada, como si algo la hubiera fulminado.

Cesaron los cánticos lejanos, se hizo un profundo silencio en la cripta, y los cruzados brazos de Talbot dejaron de despedir aquella fantasmagórica luz celestial.

Anonadado, se inclinó, tomando a Gladys en sus brazos. La besó suavemente la mejilla fría, los labios yertos. Ella abrió los ojos. Le miró, entre aliviada y despavorida. Se aferró a él.

—Talbot... —gimió—. ¿Y ese horrible espectro...?

—Calma —sonrió él—. Todo ha terminado ya... Vamos fuera de aquí. Ya no hay nada que temer...

—Pero ¿qué sucedió, Dean?

—Te lo contaré más adelante, cuando estemos lejos de aquí —

dijo Talbot, avanzando hacia el exterior—. Pero me pregunto si llegarás a creerlo alguna vez. Si alguien lo creería, en el poco probable caso de que yo tratara de contar la verdad de cuanto aquí ha sucedido esta horrible noche...

Pasaron por la cripta donde reposaba Philip Hoggart. Dean se detuvo un momento. Gladys no entendió por qué besaba el mármol helado del sepulcro, y murmuraba entre dientes:

—Gracias, mi joven amigo. Lástima... lástima que desaparecieras tan pronto. Estoy seguro de que hubieras sido un gran jugador. Nunca... nunca te olvidaré mientras viva, mi pequeño y buen amigo... Cada vez que juegue en un estadio, miraré a las gradas... y creeré verte allí, animándome, aplaudiéndome...

Salió con Gladys de la cripta. Ya no nevaba. La luz del día surgía por oriente. Un helicóptero revoloteaba, lejano, aproximándose. Era de la policía.

—Bien —suspiró Talbot, empezando a hacer señales con los brazos al helicóptero, mientras contemplaba las ruinas aún humeantes del hotel de los horrores—. Creo que ahora sí ha terminado todo. Gladys...

Ella le miró, con lágrimas en sus ojos. Se abrazó a él, con ansiedad. Sorprendido, notó Dean sus labios en los propios. Y le gustó aquel beso.

Por ello se lo devolvió a Gladys. Y aún se besaban cuando él helicóptero sobrevoló encima de ellos, arrojándoles una escalerilla para su rescate...

FIN





Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.